

11.
SEPTIEMBRE

Calmeria
y
Consuegra

1891

PERIÓDICO PUBLICADO POR UNA COMISIÓN DE PERIODISTAS ALMERIENSES

ALMERÍA Y

A BENEFICIO
DE LAS
VÍCTIMAS DE LAS INUNDACIONES

del 11 de Septiembre de 1891

CONSUEGRA

Dirección: Paseo del Malecón, 13, pral.—ALMERÍA

PRECIOS
EDICIÓN ECONÓMICA
UNA PESETA cada ejemplar
EDICIÓN DE GRAN LUJO
Regalo a los señores que hagan donativos
de CINCO PESETAS en adelante

NÚMERO ÚNICO

BAJO LA DIRECCIÓN DE

DON FRANCISCO LLOPIS PÉREZ

NÚMERO ÚNICO

PROPIETARIO DE EL BUSILIS

Colaborado por eminencias políticas y literarias de España y del Extranjero

SUMARIO.

TEXTO.

A mi queridísima provincia—Agustín de la Serna—Diputado á Cortes.
 La solidaridad humana—Antonio Fernández y García.
 La enamorada—Angel Guimerá—Director de *La Renaixensa*, de Barcelona, y autor dramático.
 Lo cant dels segadors—Arturo Gallard—Corresponsal en Barcelona de *El Globo*, de Madrid.
 Consuegra—Adolfo Balboa.
 Rima—Andrés Trani Espada—Redactor de la revista *El Ateneo*, de Málaga.
 En los aires—C. M. Soldevila—Redactor jefe de *El Suplemento*, de Barcelona.
 No más allá—Carlos Felices Andújar—Redactor de *El Grillo*, de Almería.
 Después de la catástrofe—Eduardo S. de Castilla—Director de la revista *Blanco y Negro*, de Madrid.
 ¡Ya es tarde!—Francisco Sarmiento—Redactor de *El Resumen*, de Madrid.
 Lo somní de la horfaneta—Federico Soler (Pitarra)—Autor dramático.
 Ayer y hoy—Fermín Gil de Alincidegui—Redactor de *El Ferrocarril*, de Almería.
 Llor á la caridad—Francisco de P. Salgado—Redactor de *La Unión Mercantil*, de Málaga.
 Almería—Gabriel Briones—Redactor de *La Correspondencia de España*.
 A Almería—A Filomena Fernández—J. Gutiérrez de Tovar—Redactor de *El Sur de España*, de Almería.
 Almería—Julio de Vargas—Redactor jefe de *El Liberal*, de Madrid.
 ¡Pobre Almería!—Juan Lozano—Director de *El Linares*.
 Málaga—Almería—J. Ambrosio Pérez.
 Almería y Consuegra—J. Yx-art.
 La felicidad—José Sendra y Puig—Redactor de *La Dinastía*, de Barcelona.
 ¡Esperad!—J. Tolosa Hernández.
 Madrid—José Martín Rull—Redactor de *El Fomento*, de Vélez Rubio (Almería).
 Acudamos—J. del Castillo.
 La mayor virtud—Juan Moreno Ayala.
 La caridad—José Lopez Marin.
 El expedicionario—M. Martínez Barrionuevo—Novelista y autor dramático malagueño.
 Desde la Alcazaba—Moisés García Muñoz—Redactor de *La Epoca*, de Madrid.
 Resolución—Maximiliano Arroyo y Diego—Director de *La Independencia*, de Linares.
 Caridad!!—Milremos—Redactor de *El Correo de Andalucía*, de Málaga.
 Caridad!—Narciso Díaz de Escovar—Cronista de la provincia de Málaga y Director de la revista *El Ateneo*.
 Madrid—Almería—Ricardo Hernández Bermúdez—Redactor de *El Imparcial*, de Madrid.
 Soneto—Ramón Blasco—Poeta almeriense.
 El naufrago—Victor Balaguer—Ex ministro de la Corona.
 Amor de madre—Victoriano Lomeña García—Escritor malagueño.
 A nuestros colaboradores—El Director—Francisco Llopis.

PENSAMIENTOS.

Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de ministros.—Castelar, ex presidente de la República española.—Silvela (D. Manuel), ex ministro de la Corona y senador del Reino.—Campoamor, de la Academia española.—Dumas, escritor francés.—Sagasta, ex presidente del Consejo de ministros.—Ruiz



Zorrilla, ex presidente del Consejo de ministros.—Arsene Houssaye, escritor francés.—Cormenin, escritor francés.—Lacon, escritor inglés.—Nodier, escritor francés.—Pidal, presidente del Congreso de los diputados.—Dorat, escritor francés.—N. Effende, escritor árabe.—A Li Ki, escritor árabe.—Cavalotti, periodista italiano.—Gladstone, ex presidente del Consejo de ministros de Inglaterra.—Sidi-Mahomet-Torres, ministro del Imperio Marroquí.—Zorrilla, de la Academia española.—Bueno Valderrama, escritor malagueño.—Triguero y Romero, escritor malagueño.—Bestoso, redactor de *El Levante*, de Garrucha.—Ayans, director de *El Levante*, de Garrucha.—Bernabé y Lenticco, director de *El Minero*, de Cuevas.—Urrecha, redactor de *El Imparcial*.—Almazan, director de *La Paz de Murcia*.—García del Real, director de *El Microbio*, de Málaga.—Navas Ramirez, escritor malagueño.—Simó, redactor de *El Noticiero Universal*.—Gabelini, redactor de *El Suplemento*.—Muñoz, idem.—González Lupion.—Covoleu, literato catalán.—Carner, redactor jefe de *El Correo Catalán*.—Andreu, director de *El Suplemento*.—Sánchez Ortiz, director de *La Vanguardia*.—Maluquer, redactor de *El Suplemento*.—Romero y Robledo, ministro de Ultramar.—Martos, ex presidente del Congreso.—Montero Ríos, ex ministro de la Corona.—Peris Mencheta, director de *El Noticiero Universal*.—Azcarate, diputado á Cortes.—Verdaguer, Pbro.

RETRATOS:

Excmo. Sr. D. Francisco Silvela.—Ilmo. Sr. D. Agustín de la Serna.—Ilmo. Sr. D. Emilio Pérez Ibáñez.—Ilmo. Sr. Santos Zárate.—D. Francisco Maldonado Entrena.—D. Rafael Fernández Rodríguez Soria.—D. Francisco Jover y Tovar.—D. Juan López Porcel.—D. José Ciurol Galindo.—D. Antonio Pimentel.—D. Laureano Jiménez.—Srta. D.^a Rosa López.—Srta. D.^a Filomena Fernández.—Srta. D.^a Luisa López.—D. Miguel Capel Cortés.—D. Diego Espinosa Simón.—D. Francisco Aguilar García.

VISTAS:

Charitas.—ALMERÍA: Rambla de Alfareros.—Estación del depósito de aguas.—Rambla de Belén y tejares inmediatos.—Altura de las aguas en la fachada posterior del colegio del obispo Orberá.—Rambla de Belén, después de la avenida.—Entrada del Barrio alto por la Rambla de Belén.—Altura de las aguas en el interior del colegio del obispo Orberá.—Estado de la calle alta de Regocijos, después de la avenida.—ALBOX: Parador de Levante y casa de don Pedro Agapito Jiménez.—Fábrica de harinas. Calle de los Alamos.—ALMERÍA: Calle de Regocijos, después de la inundación.—CONSUEGRA: Desbordamiento del río Amarguillo.—ALMERÍA: Altura de las aguas en el patio de recreo del colegio del obispo Orberá.—Estado de la calle del Gran Capitán, después de la inundación.—Familias aisladas por la inundación.—Estado de la escuela de primera enseñanza del colegio del obispo Orberá, después de la inundación.—Rambla del Obispo por la fachada posterior del colegio.—Interior del colegio del obispo Orberá y altura de las aguas.—Tejares destruidos en las inmediaciones de la Rambla de Belén.—Casas destruidas en las inmediaciones de la Rambla de Belén.—CONSUEGRA: Casas destruidas en las riberas del río Amarguillo y víctimas causadas.—Iglesia inundada.—ALBOX, después de la inundación del 11 del pasado septiembre: 1. Plaza de la Constitución.—2. Calle de los Alamos (hoy Silvela).—3. Restos del teatro y del casino.—4. Continuación de la vista señalada con el n.º 6.—5. Restos de una fábrica de harinas.—6. Vista general de la parte más arruinada, por la parte de la Rambla.

A MI QUERIDÍSIMA PROVINCIA.

¡Triste destino; miserable suerte!
¡Siempre por la desgracia perseguida,
vives ¡ay! una vida
mucho más espantosa que la muerte!

En vano luchas con honrado anhelo:
¡no es posible vencer en una guerra,
en que al injusto olvido de la tierra,
se viene á unir la cólera del Cielo!

¿Por qué siempre has de ser desventurada?
¿por qué te azota sin piedad el hado?
¿cuál tu delito fué? ¿cuál tu pecado?
¿ser sufrida? ¿ser noble? ¿ser honrada...?

Tal vez sí; que por suerte maldecida
ó por decretos de un poder sañudo,
no es la virtud el apropiado escudo
¡para afrontar las luchas de la vida!

Mas qué importa; domina tu tormento
y sigue siendo lo que siempre has sido:
¡al honrado, vencido,
enaltécelo más el vencimiento!

Agustín de la Serna

Madrid 12 de octubre 1891.

LA SOLIDARIDAD HUMANA.

No basta que la caridad, con ser la más hermosa de las virtudes teologales, mitigue los grandes dolores del infortunio, salvando las fronteras, dado su poderoso espíritu cosmopolita y borrando por un momento las diferencias de raza y de religión.

Hace falta que la humanidad eleve el concepto de la solidaridad, colocándolo entre los primeros y más sagrados de los deberes.

Es generoso y bello acudir voluntariamente en auxilio del que sufre, concediéndole por lástima nuestros propios medios y sacrificándole hasta nuestro sosiego.

Será aún más eficaz contra las fatalidades del destino humano, que los hombres civilizados aceñten la solidaridad como la mejor defensa común, en cuyo caso la compasión se transformará en sacratísimo deber.

ANTONIO FERNÁNDEZ Y GARCÍA.

LA ENAMORADA.

Quan s' alsa la lluna clara
sobre 'ls casals ensofits,
com lo rostre d' una mare
vora sos fills adormits;
descalseta y sensa roba,
perque no 'm senti ningú,
la finestra de m' arcoba
vaig á obrir pensant en tu.

Y cubrintme ab las cortinas,
esborronada de fret,
pe'l mitj de las clavellinas
guayto 'l mar poch á poquet.

Y ell al veure que 's daleixen
mos ulls endins la verdor,
y al escoltar com se queixan
mos llabis per ton amor,
alsa 'l pit y s' encoratja
fins assí volent pujar,
y fa camí per la platja
de tu venintme á parlar.

Recorda nostra ventura
que se 'n ha anat per may mes,
y en ma finestra mormura
ton xiuxejat y ton bes.

Té esment de nits d' alegría
que ans de véuret arribar,
pe'l remor ja 't concixia
de tos rems sobre del mar.

D' aquellas horas passadas
en ta barca lluny del mon,
entre duas esteladas:
dalt y baix, fins l' horisont.

De quan á ton pit m' atreyas
confontent lo sospirar,
y per sentir lo que 'm deyas
callavan lo vent y 'l mar.

D' allavors que condormida,
de la barca 'l balanseig,
se 'n duya ta veu sentida
d' onada á onada l' oreig;
y jo, tot baix, sens pensarhi,
segua 'l teu cant d' amor
jugant ab l' escapulari
que duyas sobre del cor.

D' aquell tornar á las rocas
la llum primera advertint,
quan per trobarnos las bocas
los rems nos queyan sovint.

¡Y aquell adeu, que be dura;
y aquell repetir «jo t' am»,
abrassat á ma cintura
com una ridolta á un ram!...

Tot lo mar m' ho sap retreure
de la lluna á la claror,
venint á mos peus á jeure
com tu en las horas d' amor.

Mes quan fuig la nit hermosa,
y 's va 'l soroll despertant,
y l' horisont es de rosa,
y passan las aus cantant,
de ma finestra recullo,
besantlos tots los clavells,
y assobre 'l mar los esfullo
que juga y se 'n torna ab ells.

Y mentres al lluny rondina
lo mar hont lo sol rellú,

mon cap al coixí s' inclina
y torno á somniar en tu.

Angel Guimerá

LO CANT DELS SEGADORS.

S' ha espargit ja la boyrada;
som de bella matinada,
y prenent dalla y volant,
lo cistell y la carbassa,
nos aném cap á la plassa
hont la colla 's va ajuntant.
Poch á poch se fon la lluna,
y al sentir la veu del gall
marxém tots cantant á l' una
visca 'l treball.

Dret al camp llavors fem via,
y veyém clarejá 'l día
y després sortir lo sol,
veyém com la flor se bada,
veyém lluhir la rosada
y sentím lo rossinyol.
No 's segueix per la dressera
qu' es torrent ó xaragall,
tot cantant l' espigolera
visca 'l treball.

Las espigas ja dauradas
van formant mansas onadas
pèl lleveig del dematí;
los aucells van espantantse
y del camp van allunyantse
al sentirnos sols vení:
S' aparía llavors l' cyna
y 's comensa l' estenall,
boy cantant tot fent la feyna
visca 'l treball.

Quan veyém que nostra dalla
sols mastega y que no talla
ab la pedra l' esmolém,
y á la bella espigolera
que nos guayta riolera
amorosos li dihém:
mes que vegis qu' esmolada
ja nostr' cyna tregui tall,
ja 'n farás bona aplegada...
visca 'l treball.

Que segant tots á la una
ja farém que 'n quedí alguna,
que 'ts la reyna dels amors!
si á nosaltres 'ns creguessis
voldriam qu' espigolassis
no espiguetas, sino cors!
Forta n' es la soleyada,
mes per naltres es fornall
sols lo foch de ta mirada
visca 'l treball.

Entre-mitg de las espigas
las rosellas sas amigas
de sortir fins tenen pó,
qu' al mirar' sols n' estona
veu tothom en ta corona
mes bonica vermelló.
Ets ayrosa, bonicoya,
de pursa clar mirall;
mes deixemho, cantém, noya,
visca 'l treball.

Que finida l' estiuada,
vindrá llavors l' hivernada
y la tasca acabarem!
y passarán entrístidas
eixas horas benehidas...
mes qu' hi fa!... ¡bah!... no hi pensém!
treballém mentres es hora,
y 'n la montanya y la vall
retenteixi 'l cant al-lhora;
visca 'l treball.

A. Gallard

CONSUEGRA.

Cuando llega á mis manos un periódico, lo que primero leo, lo que más me atrae, aquello que con preferencia excita mi curiosidad, son los telegramas. Ellos son la última palabra del día que nos trasmite el postrimer latido de la gran masa social y nos enteramos con su á veces obscuro laconismo de los sucesos más recientes. Esa misma sequedad del relato, descarnada, sin comentarios, desnuda y palpitante, despierta en mí más deseos que los artículos de fondo, las chispeantes misceláneas ó los cuentos de amena forma y exquisito gusto de cualquier diario. Y lo confieso francamente: de muchas cosas sólo sé así, de una vez, en montón, por telégrafo; sin buscar luego detalles que realcen y completen la noticia: pocas veces me detengo á leer las minuciosidades relatadas con lujosa prolijidad por los infatigables *reporters* de la prensa periódica. Por eso, cuando supe la horrorosa catástrofe de Consuegra y Almería, formé el propósito de no leer otros detalles que los que diese el telégrafo; pero he oído hablar mucho, sin rehusarlo, con lástima de tanta desolación y sintiendo no ser un Rostchild para dar mucho oro y aliviar tanto infortunio. Mi pequeñez es esta. Digo como san Pablo: *Aurum nec argentum habeo*; y á imitación suya, doy lo que tengo: cuatro líneas, pobres y desaliñadas, aunque plétóricas de buena voluntad, que se me han pedido para un fin benéfico.

Mas entre esos mismos esqueletos de importantes acontecimientos, comunicados por sucesivas corrientes eléctricas, entre las descarnadas y escuetas formas de un telegrama, hay noticias, hay detalles en los que se condensan grandes poemas, hechos gravísimos, inmensos dolores, que al ser conocidos despiertan la reflexión, levantando pirámides de pensamientos é inundando el corazón de lástima.

En el pueblo de Consuegra se celebraba una boda. Sesenta personas había reunidas, y á todas ellas les cupo la misma suerte. Al leer esto, un escalofrío de horror agitó mi cuerpo y sentí un dolor grande, una compasión profundísima por aquellos amantes, para mí desconocidos, que encontraron su lecho nupcial de la noche de bodas en las fangosas aguas del turbión. Yo creo que en los últimos momentos, la vida se *epiloga*, por decirlo así, y pasa todo lo que fué, como en rápido panorama, por el caldeado cerebro del moribundo. Angustia inmensa, un desengaño infinito, aterrador, pavoroso, debió sobrecoger á los infelices amantes, que veían desvanecerse todas sus ilusiones y rasgarse el velo de su dicha para hundirlos en la eternidad, en lo desconocido, en lo más allá de esta vida donde creyeron encontrar un paraíso al unirse en santo lazo...

Infortunios como este, quebrantos del corazón, torturas del alma, no las mitiga el oro de la caridad. Bendita ella, sin embargo, que puede enjugar las copiosas lágrimas de los que sobreviven á la catástrofe y saciar el apetito de ese propietario de Consuegra, que es hoy un infeliz sin fortuna, sin hogar y sin familia...

ADOLFO BALBOA.

23 octubre, 91.

RIMA.

Cuando en sueño divino y agradable delirante la mente se recrea,
y en alas de ficticio pensamiento
á otras regiones vuela;

cuando de tantas mundanales luchas
nuestra mente veloz al fin se aleja,
y al despertar del mundo contemplamos
que su terrible realidad nos muestra;
—¡qué dolor más intenso en ese instante
del alma se apodera!
¡cuán triste es para aquel que soñó un cielo
despertar en la tierra!

Málaga. ANDRÉS TRANI ESPADA.

EN LOS AIRES.

El sol se hundía en el horizonte, cansado de alumbrar la tierra, y aun se complacía teniendo de grana las leves gasas con que se adornaba el firmamento para recibir la noche.

La brisa soplaba tranquila, plácida como el suspiro de un pecho inocente.

De la tierra subían con lentitud, á través del aire, dos vanas humaredas, á trechos arreboladas por el sol poniente. Procedían de diversos y alejados valles y ascendían arrollándose sobre sí mismas, cambiando mil veces de forma, jugueteando con las corrientes atmosféricas, mas dejándose arrastrar por ellas.

Vagaron por la región de las brumas sin rumbo fijo. El capricho de los vientos uniolas por cortos instantes.

Miráronse con sorpresa. Una era blanca, trasparente como los más tenues celajes; la otra, oscura, sombría como los nubarrones que engendran el rayo. Ésta adoptaba en sus formas los pliegues fatídicos de la túnica del mago que cruza los aires por el poder de un conjuro; aquélla moviase lánguida, casi diáfana, como la flotante falda del hada que nace del vapor del lago á los rayos de la luna.

—¿Dó vas?—preguntó la humareda oscura.

—No sé—contestó la blanca.—He subido desde la tierra, atraída por misterioso imán, y ahora vago errante por esta región sin límites.

—También yo sufro igual suerte. Me sentí, al nacer, arrancada del suelo y recorro estas inmensidades impelida por los vientos.

—¿Cuándo terminará este continuo giro? ¿Tienen un límite esos senos insondables que nos rodean? La tierra se ha ocultado á mis ojos y la nostalgia me devora. ¿Cuál es nuestro destino?

—Lo ignoro; mas el mío ha de ser grande, noble como lo fué mi origen. La delicada blancura de tu cuerpo revela tu mezquina cuna. ¡Yo me siento orgullosa de la mía!

—¿De quién naciste, pues?

—He nacido en un campo de batalla, entre alaridos de venganza y lamentos de muerte, y he partido de la tierra á través de una atmósfera de sangre. Yo soy engendro del ósculo dado á la pólvora por el fuego. Broté entre hierro y llamas de la terrible boca de un cañón é impeli el grueso proyectil que voló como un rayo á sembrar la muerte y la ruina. Yo hice estremecer las sierras con mi rugido y llevé el espanto á las filas de un ejército. Con mi potente esfuerzo derribé los postreros restos de la última trinchera enemiga y he dado la victoria á los míos, una victoria que ha arrancado á un pueblo su último aliento de rebeldía al yugo del invasor. Yo merezco los honores del triunfo y debo participar de los laureles. Humíllate, pues, mezquina humareda, ante la nobleza de mi origen y la grandeza de mis hechos.

Y al decir esto la humareda oscura dilatose á fuer de cuervo gigantesco que extiende sus negras alas.

—¿Y por qué humíllarme—repuso con entereza la humareda blanquecina—cuando soy

más, mucho más grande que tú? ¿Sabes qué soy yo? Soy simplemente agua en estado de vapor. He nacido en las ardientes entrañas de una caldera y, tan fuerte como tú, pudiendo, cual tú, producir la muerte y el estrago, acumulando en un instante y en un punto toda mi potencia, he preferido ejercerla sobre un émbolo moviéndolo á compás. ¿Te sonries? ¿Es que te parece denigrante tan pacífico empleo? Pues oye: tal cual me ves, yo soy la reina de este siglo. Tú tienes un trono todavía, es cierto; mas se desquicia á los embates del raciocinio; el mío, al contrario, se afirma con la reflexión. Mi imperio, como todos los de este mundo, perecerá algún día; pero los tiempos futuros, al par que execrarán la tuya, honrarán mi memoria. Tú siembras destrucción y duelo; yo produzco utilidades y bienestar. Tú desolas los campos, yo los labro. Tú divides á los pueblos, y yo los uno. Tú conviertes en fieras á los hombres conculcando el dogma sagrado de la fraternidad humana: yo aproximo las naciones y aliento el amor universal. Yo me atraigo el aprecio de los hombres, y tú eres mirada cual un monstruo, aun por los mismos á quienes sirves con tu esfuerzo. ¿Y cómo no, si saben que á tu expansión en la cárcel de los cañones responde la muerte y la ruina, y que, al dilatarme yo en los tubos de la máquina, creo la riqueza y la dicha de los pueblos? Aplaca, pues, tu feroz orgullo, sombría humareda, y no te envanezcas de tus horrores, que son la mayor ignominia de nuestro siglo.

Calló la humareda blanca, al tiempo que el sol la teñía de oro con su postrer destello. Sopló el viento, y un fuerte remolino separó á las humaredas que pronto se ocultaron una á otra en las inmensidades del espacio.

Al despuntar la aurora, convertido en frescas gotas de rocío, descendía nuevamente á la tierra el vapor de agua para posarse en el cáliz de las flores... El humo de pólvora fué acogido en el seno de un nubarrón sombrío que, arrastrado á los trópicos, allí se deshizo en destructor pedrisco entre fulgurantes rayos y rugientes truenos.

NO MÁS ALLÁ.

SONETO.

Todo en esta existencia maldecida
es amargura, llanto y desengaños,
y al propio tiempo que se van los años
se van las ilusiones de la vida.

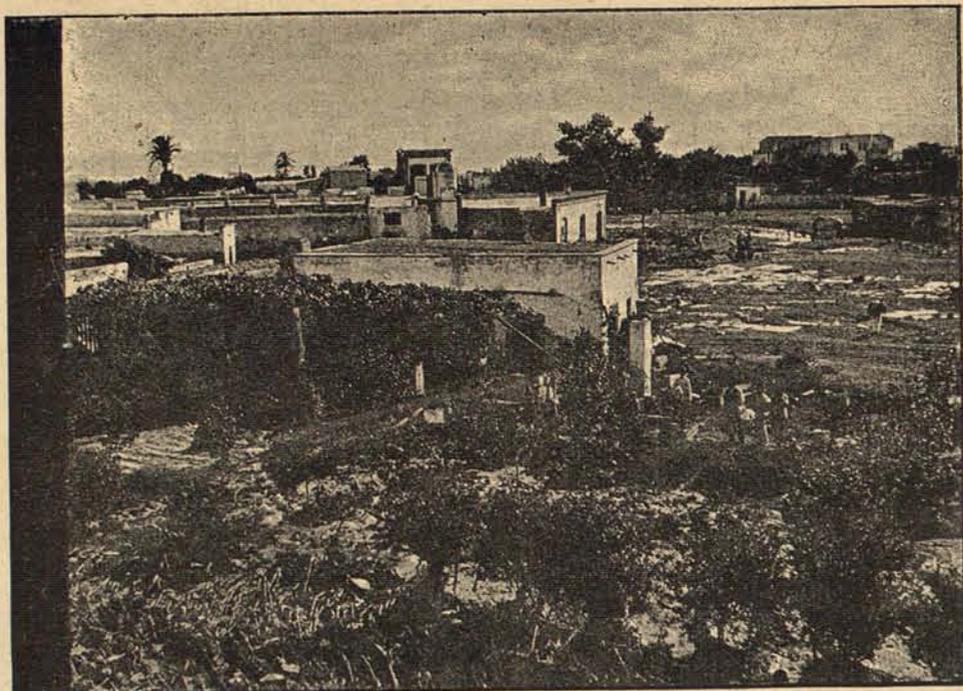
El alma, por el llanto dolorida,
al mirar de los hombres los engaños,
sufre otros nuevos y crueles daños
que le causan profunda y ancha herida.

Hasta que á esta existencia sin consuelo
al cabo pone fin la muerte fiera;
y aunque los hombres, en su loco anhelo,
con una vida sueñan venidera
de dichas y placeres en el cielo,
¡la tumba es el final de la carrera!

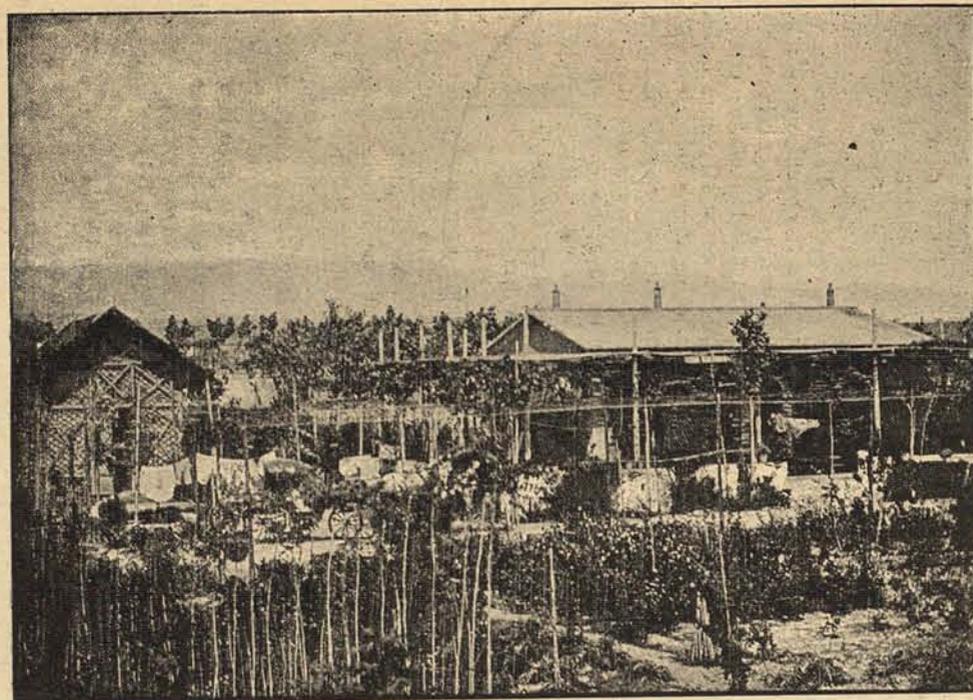
CARLOS FELICES ANDÚJAR.

DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE.

Sobre el montón de escombros y maderos
de lo que pueblo fué por la mañana,
al extender la noche sus crespones,



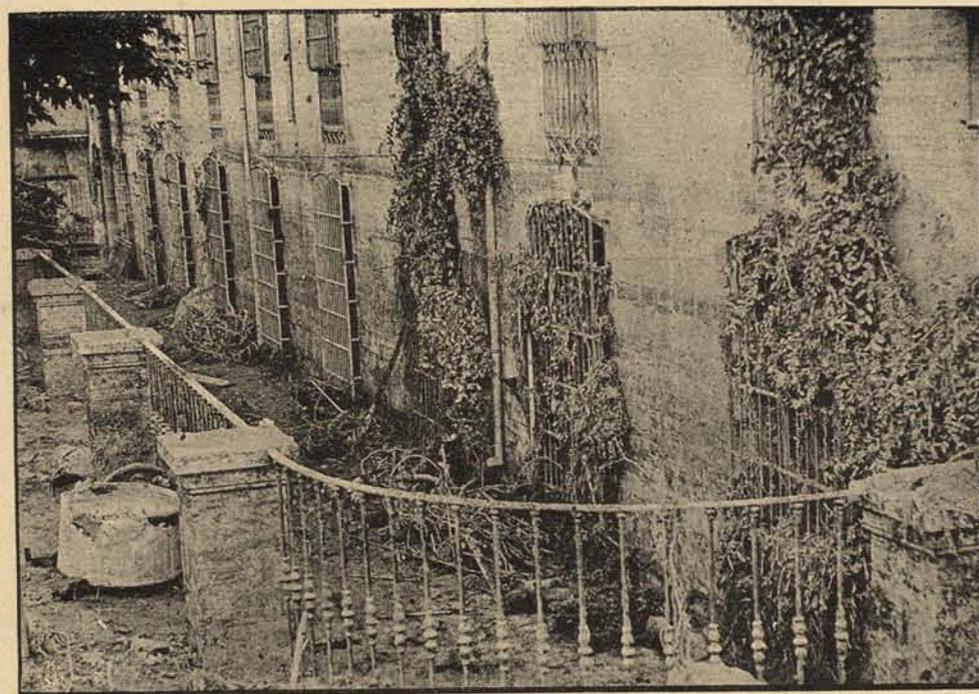
ALMERÍA.—Rambla de Alfareros.



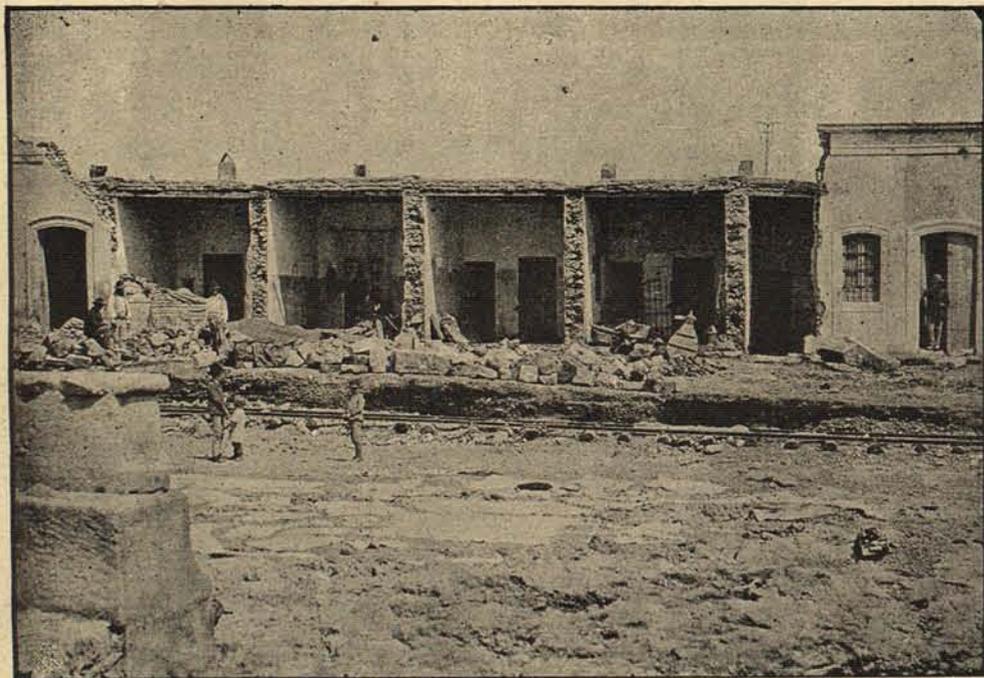
ALMERÍA.—Estación del depósito de aguas.



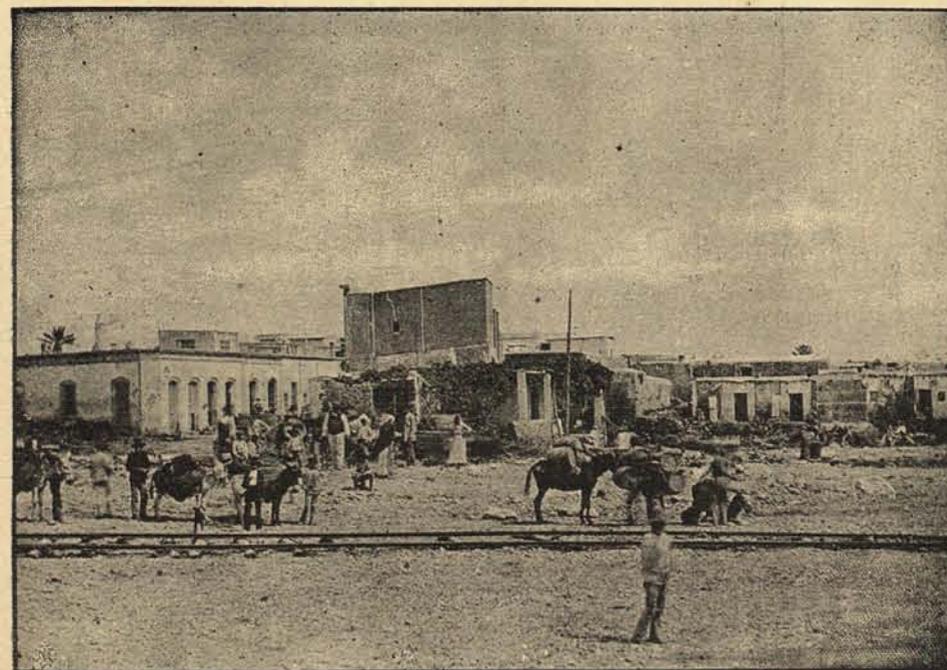
ALMERÍA.—Rambla de Belén y tejares inmediatos.



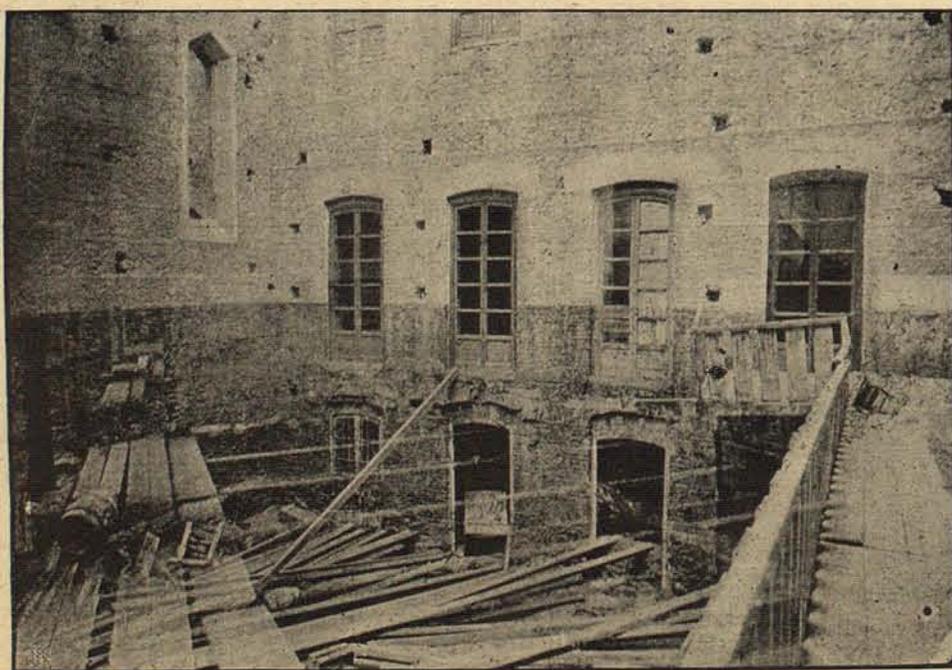
ALMERÍA.—Altura de las aguas en la fachada posterior del colegio del obispo Orberá,



ALMERÍA.—Rambla de Belén, después de la avenida.



ALMERÍA.—Entrada del Barrio alto por la Rambla de Belén.



ALMERÍA.—Altura de las aguas en el interior del colegio del obispo Orberá.



ALMERÍA.—Estado de la calle alta de Regocijos, después de la avenida.

la figura de un hombre se destaca.
Es el solo tal vez que sobrevive
á la inmensa catástrofe, y se afana
algo buscando entre las mudas ruinas...
algo... ¡que es un pedazo de su alma!
De pronto un iayi desgarrador, terrible,
prueba que al fin halló lo que buscaba,
y blasfema y maldice delirante
abrazando el cadáver de una anciana.
De allí le aparta luego, y le sepulta
amasando la tierra con sus lágrimas...
clava encima una cruz... cae de rodillas...
implora al cielo... ¡y á la cruz se abraza!

Eduardo Ido Castilla

¡YA ES TARDE!

El celeste imperio se encuentra en un atraso lamentable. Viajar á través de sus campos, abrasados por el sol, y por sus caminos, sembrados de polvo caliginoso, es exponer seriamente la vida y dar muestra clarísima de admirable heroísmo.

La provincia de Alm-ki-kum es, entre todas, la más desheredada. Cien emperadores se han sucedido; multitud de ministros y mandarines han pasado por las esferas del poder, con gran contentamiento de sus familias y allegados, pero sin fruto alguno para los miserables pueblos, y todos sin distinción han prometido grandes cosas á esta desgraciada provincia, sin que jamás tales promesas hayan llegado ni al confín siquiera de la realidad.

Todavía frescas las esperanzas que el mandarín Kan-ha-lej había infundido á los habitantes de Alm-ki-kum, en un día funesto, las nubes se confabularon para soltar en combinación los grifos de sus aguas; los ríos, colaborando en esta obra destructora, sacaron las reservas de sus corrientes, para arrojarlas impetuosas sobre las orillas, y toda la provincia, toda, con sus campos trabajosamente cultivados, con sus casas, á costa de mil sacrificios levantadas, quedó cubierta de una mole de cenagosas ondas, tan movibles y activas como lo exigía la obra de destrucción que el airado dios de Confucio les había encomendado. ¡Ah! ¡si aquellos chinos hubieran adorado al verdadero misericordioso Dios de los cristianos, no hubieran padecido tan horrible desgracia!...

Ello fué que la apartada provincia de la China quedó arrasada y que el terrible infortunio movió las voluntades del resto del imperio y hasta del emperador mismo, que dió para los pobres de Alm-ki-kum la enorme cantidad de monedas chinas que hace falta para completar cinco pesetas españolas.

Hizo más el hijo de los astro: envió á Alm-ki-kum uno de sus mandarines predilectos, y los atribulados hijos de la provincia inundada vieron con júbilo que un día se apeaba de lujoso palanquín el alto y poderoso chino Sil-ke-ka, hombre de recursos y capaz por sí sólo de salvar, no una provincia, sino el imperio todo.

La esperanza renació en todos los pechos: hubo chino de menor cuantía que dió por bien ocurrida la inundación, creyendo que la presencia del mandarín bastaba á remediar todos los males.

Visitando el mandarín uno de los barrios inundados, entró en una pobre choza donde había un hombre, joven aun, pero aviejado y

mustio prematuramente por la expresión del dolor indefinible, inmenso, que se reflejaba en su semblante.

Llegó el mandarín, creyéndose portador de todos los consuelos y ostentando una sonrisa de triunfo, y alargó algunas monedas al desesperado habitante de la choza.

—¡Tomadlos, señor!—dijo éste con profundo desprecio.—Hace muchos años, muchos, que dispones á tu antojo de éste y de todos los pueblos del imperio. Tú has podido evitar esta hecatombe y no lo has hecho. ¡Mira! Allí estaba mi madre: ¡ha muerto! Allí mi esposa: ¡ha muerto! Allí mi hijo querido: ¡ha muerto también! ¿Y me das dinero? ¡Bah! guárdatelo. El recuerdo de los pedazos de mi alma vale más que todo tu oro. ¡Tu descuido en gobernar me ha matado á los míos! ¡Vé con Dios y él quiera preservarte de los gritos aterradores de tu propia conciencia!

Calló el chino; se produjo un elocuente silencio, y el mandarín, encogiéndose ligeramente de hombros, salió majestuosamente de la choza, en medio de los vivos entusiastas de la multitud.

De la multitud que no había perdido á sus madres, á sus esposas y á sus hijos.

FRANCISCO SARMIENTO.

LO SOMNI DE LA HORFANETA.

RONDALLA POPULAR.

¡Ay! Somniava que, entristida
per tots los dols que al mon passan,
pregava que l' aussiliés
desde 'l cel, la sèva mare.

A la primera oració,
ja la gloria era mes blanca,
y la mirá ab ulls d' estrelles
la mare que tant l' aymava.

—Dígam, filleta, qué vols,
que 'l cel may nega re als àngels.
—Que m' ajudéu, mare mia,
en tots los dols que al mon passan.—

A la segona oració,
ja la gloria era de plata
y la mirá ab raits de lluna
la sèva pobreta mare.

—Dígas qué vols, filla meva,
que 'l cel no nega re als àngels.
—Que m' assequéu, mare mia,
aquest plor, que tan amarga.—

A la tercera oració,
ja lo cel, com d' or, brillava,
y ab raits de sol la mirá
la sèva pobreta mare.

—Dígas qué vols, filla meva,
que 'l cel no nega re als àngels.
—Que dada una escala 'm sia
per pujá' al cel mas pregarias.

Just aixó ella va haver dit
quan ja li respon sa mare:

—Ja hi ha al mon, filleta meva,
un regalím mèu de llàgrimas,
de las que jo, estantme al cel,
per tu ploro d' anyoransa.—

Y, just aixó va haver dit,
quan, una ratlla brillanta,
de desde 'l cel, fins al món,
va baixar, tota esmaltada,
que semblava, de cristall,
si 'ls astres s' hi enmirallavan;
de plata, si feya lluna;
y, d' or, si 'l sol la tocava.

Y, just la va haver vist la nina,
quan, tot seguit, sas pregarias
y sos sospirs y sos plors
van ser papallonas blancas,

que anavan, fil d' or amunt,
fins allà hont la sèva mare,
als peus de Nostre Senyor
en poms de flors las posava.

Francisco Gil

Campins de Montseny, 26 agost de 1891.

AYER Y HOY.

(IMITACIÓN.)

I.

Ayer, por este sendero
iba con ligero paso,
al lanzar tras el ocaso
el sol su rayo postrero.

La esperanza me alentaba
de admirar la faz divina
de la mujer peregrina
que en mis sueños adoraba.

A mi paso lindas flores
sus mil corolas abrían
y sencillas me ofrecían
sus balsámicos olores.

Y el gilguerillo amoroso
dulces trinos entonaba,
y el arroyo murmuraba
placentero y bullicioso.

¡Todo, en fin, á mi alrededor
era paz, era alegría,
todo en sublime armonía,
todo respirando amor!...

II.

Hoy por el mismo sendero
cruzo con incierto paso,
cuando el sol tras el ocaso
lanza su rayo postrero.

Y voy triste, ya no sé
do encontrar la faz divina
de la angelical ondina
que en mis sueños adoré.

Ya no escucho de las aves
el encantador arrullo,
ni de la fuente el murmullo
llevan las auras suaves.

Allá, formando un montón,
veo cien hojas desprendidas,
que de ilusiones perdidas
amargos recuerdos son.

Y mis ojos sólo ven
doquiera luto y dolor...
ics que todo á mi alrededor
llora mi dolor también!

III.

¡Qué diferencia se advierte!
¡cuánto cambio en un momento!
¡Ayer las flores su aliento
daban al aire; la muerte
hoy sus pétalos convierte
en hojas que arrastra el viento!

F. GIL DE AINCILDEGUI.

LOOR Á LA CARIDAD.

Cuando el infortunio, ese hado adverso del destino, visita una población, dejando como fatídico recuerdo de su paso, triste estela de llanto, consternación y dolor; cuando las encrespadas olas de la ruina azotan con gigantesca furia á un pueblo que majestuoso surcaba el tranquilo mar de realizables y próximas esperanzas; cuando la tétrica bruma de la pena empaña los alegres y puros matices del placer; cuando, en fin, la ruina con su triste y obligado cortejo de privaciones, sustituye rápidamente

á la riqueza, el alma mejor templada, el espíritu más avezado á contratiempos, experimenta, transcurrida la desesperación de los primeros instantes, una especie de nostalgia que fácilmente puede conducirle á fatalísimas y extremas resoluciones.

Però cuando en tales circunstancias encuentra una mano cariñosa que estrechar; cuando el hermoso Angel de la Caridad bate sus blancas alas en derredor de la ruina, y allí donde el elemento destructor arrebató una riqueza deposita un algo para sustituirla; cuando todos los pueblos, sin distinción de clase ni nacionalidad, respondiendo á nobles impulsos, hacen converger á un fin común sus iniciativas, contribuyendo cada cual en armonía con su posición á reintegrarles una parte de lo que los furiosos elementos le arrebataron, debe el pueblo objeto de tales favores elevar en su conciencia un altar en el que ensalce y rinda eterno é idólatra culto á esa invisible corriente, á cuyo misterioso contacto se agitan los hombres, impelidos por una sola idea: la fraternidad.

La Caridad es un hermoso sol, á cuyo suave calor se evaporan y desvanecen las densas nieblas de desesperación que la adversidad produce en derredor de sus víctimas.

Ahora bien; es indudable que el movimiento iniciado en todos los ámbitos de la península y gran parte del extranjero, ha de dar satisfactorios resultados; pero ¡ay! la historia nos ofrece ejemplos que no queremos recordar, referentes á la equidad que presidió los repartos en análogos casos; y conste que al consignar aquí con tal franqueza este recuerdo, ofrecido por el libro de los hechos pasados, no es nuestro ánimo dudar de la probidad, de la buena fe, de la justicia con que han de obrar los que por razón de su cargo han de ser los llamados á distribuir los socorros.

De desear es, pues, que las personas encargadas en tan difícil misión, den oídos de mercader á esas insinuaciones encaminadas á inclinar la balanza de uno ú otro lado, según convenga ó no á los sempiternos santones de nuestra actual sociedad.

Hagamos fervientes votos porque los hombres elegidos para desempeñar tan difícil cargo, confíen sólo á su conciencia la inspiración del sagrado sacerdocio que van á ejercer, oponiendo inexpugnable dique á todas aquellas indicaciones encaminadas á defraudar las justas y legítimas esperanzas del verdadero necesitado, robándole inicua mente aquello que por derecho propio le pertenece.

FRANCISCO DE P. SALGADO.

Málaga, septiembre, 91.

ALMERÍA.

Pocos días he estado en esta hermosa ciudad, y al marcharme dejo en ella amigos del alma á quienes no podré olvidar nunca. Esto prueba que los almerienses son todo corazón, y su franqueza sólo comparable á la inmensidad del mar que besa las orillas de la bella sultana del Mediterráneo.

Almería estaba casi olvidada del resto de las ciudades de España. La falta de vías rápidas de comunicación era la causa de su aislamiento.

Mas la caridad, como ángel protector de los desgraciados, acortó aquella distancia, iluminando con sus brillantes resplandores el caos miserable donde yacían los desvalidos, que encontraron al despertar de sus sueños de horrores la aurora de consuelo y esperanza.

Los negros crespones que ondeaban sobre Almería, los vió la caridad desde los países más remotos; y al llegar á la ciudad olvidada, vió sobre sus muros la enseña gloriosa que el mártir divino del Calvario legó á la humanidad, como la virtud más hermosa entre todas, bálsamo consolador que adormece al alma, sol que disipa las tupidas brumas de la muerte y á cuyos reflejos el corazón late de alegría, como planta sensitiva que abre sus hojas ante el rocío que la vivifica.

¡Hermosa Almería! De las ruinas en que te convertió horrible catástrofe, pronto renacerás como el ave fénix de entre sus cenizas. Tus nobles hijos volverán felices y dichosos á contemplar las azules ondas del Mediterráneo que te acarician. Blanca gaviota entre florido vergel, serás siempre la alegría del viajero, que nunca podrá olvidar ni la lealtad de tus hijos, ni el sol que luce con rayos de oro en tu cielo de purísimo azul, ni los ojos de las bellas almerienses que abrazan al mirar más que el sol que te ilumina.

GABRIEL BRIONES.

A ALMERÍA.

I.

—¡Amparo, protección para Almería!— tal es la voz que por doquier resuena al contemplarte de amargura llena y verte en la desgracia ipatria mía!

La hermosura, grandeza y alegría de tu bella ciudad, tan noble y buena, trocose en llanto y en amarga pena, en un funesto y desastroso día.

La inundación te invade y te despoja de tus seres queridos; como el viento con crueldad implacable y fiera saña arranca al tierno arbusto hoja tras hoja... ¡Mas calma tu pesar y sufrimiento la hidalguía y caridad de toda España!

II.

A Filomena Fernández.

Eres muy niña aun y ya se adora tu nombre, que es por todos bendecido: pides humilde para el afligido y das una limosna al sér que llora.

La miseria es atroz, devastadora y en el dolor un pueblo está sumido... ¡mas un ángel del cielo ha descendido que para el pobre caridad implora!

Tú mitigas del triste los lamentos, y agradecida á ti, hermosa niña, hoy te colma Almería de gratitudes.

¡Por tus nobles é hidalgos sentimientos sobre tu frente la corona ciña de placeres, de bienes y virtudes!

JOSÉ G. DEL TOBAR.

ALMERÍA.

Pasará el tiempo, se borrarán las huellas de tus dolores presentes, recobrarás tus perdidas alegrías y me olvidarás pronto, como se olvida todo lo insignificante y pasajero; harás bien: harto has hecho ya fijándote en mí algunos instantes.

Yo, en cambio, no te olvidaré jamás.

Te hallé como te presentía, concha de tornasolados nácares, búcaro de flores, realidad embriagadora de sueño fascinador.

Te perderé como se pierden las ilusiones, como se ahogan las esperanzas, como se sacrifica la felicidad; torturado el cerebro, desfallecido el espíritu y anegada de amargura el alma.

Tú volverás á ser dichosa, porque lo mereces;

yo, al abandonarte, desapareceré de nuevo en la obscuridad, con la arrobadora impresión en mis sentidos de tu cielo siempre diáfano, de tus suaves y perfumadas brisas, de tu espléndido ropaje de flores y verdura.

Y cuando ya lejos de este hermosísimo pedazo de tierra andaluza en que dominas como hada de sus vergeles y náyade del Mediterráneo, sienta helada mi frente por el penetrante cierzo del Guadarrama, pediré al viento algunas de tus templadas áuras y de tus céfiros arrulladores para que regeneren mi sér y para que al volver á tí murmuren en tu oído suspiros de mi alma, que te dirán á todas horas:

—¡Almería! ¡Almería! ¡Qué hermosa eres! ¡Bendita seas!

JULIO DE VARGAS.

¡POBRE ALMERÍA!

Tú, la sultana del Mediterráneo, la preferida de los califas, la que por su hermoso cielo, su purísima atmósfera, su temperatura de continua primavera, es la envidia de cuantos extranjeros posan su planta en tu privilegiado suelo... ¡Cuán desgraciada eres!

¡En verdad que no mereces las desdichas que constantemente te acongojan!...

Tus hijos se distinguen por la bondad de su carácter, por la virtud de la hospitalidad, que les legaron sus antepasados, los creyentes de Mahoma, y ejercitan con exagerado entusiasmo.

Son activos, laboriosos, y la historia de nuestra patria llena numerosas páginas con sus nombres, la relación de sus heroicidades y los triunfos conseguidos en todos los ramos del humano saber.

¡Tienes razón al enorgullecerte de que tus mujeres sean consideradas como el tipo de la perfecta belleza! A la griega regularidad de sus facciones, jústase por regla general hermosos ojos negros y la gracia especial de las hijas de Andalucía, aunándose á estos privilegios con que las dotó Naturaleza, angelical carácter, exquisita afabilidad y respetuosa dignidad en su trato.

¿En qué consisten, pues, las causas de tus eternas amarguras?

Seguramente en el punible aislamiento en que te tienen los poderes públicos, porque no los adulas, porque en tu noble altivez y fiada en la justicia de tu causa, no te arrastras á los pies de los magnates.

¡Haces bien: obras dignamente!...

¡Ten paciencia, noble pueblo, que pronto cesarán tus infortunios!...

Una amigable mano, en prolongado brazo de hierro, oradando montañas, salvando valles y ríos, apréstase á estrechar la tuya con toda la efusión de su alma y á ofrecerte que—al quedar sus destinos unidos á los tuyos—tus penas serán también las tuyas, tus dichas sus alegrías, juntas lucharéis por vuestra prosperidad y grandeza, constituyendo tal solidaridad de intereses y afectos, que formarán una sola y cariñosa familia, confundiendo en uno vuestros nombres y pensamientos.

¡Almería será Linares!

¡Linares será Almería!

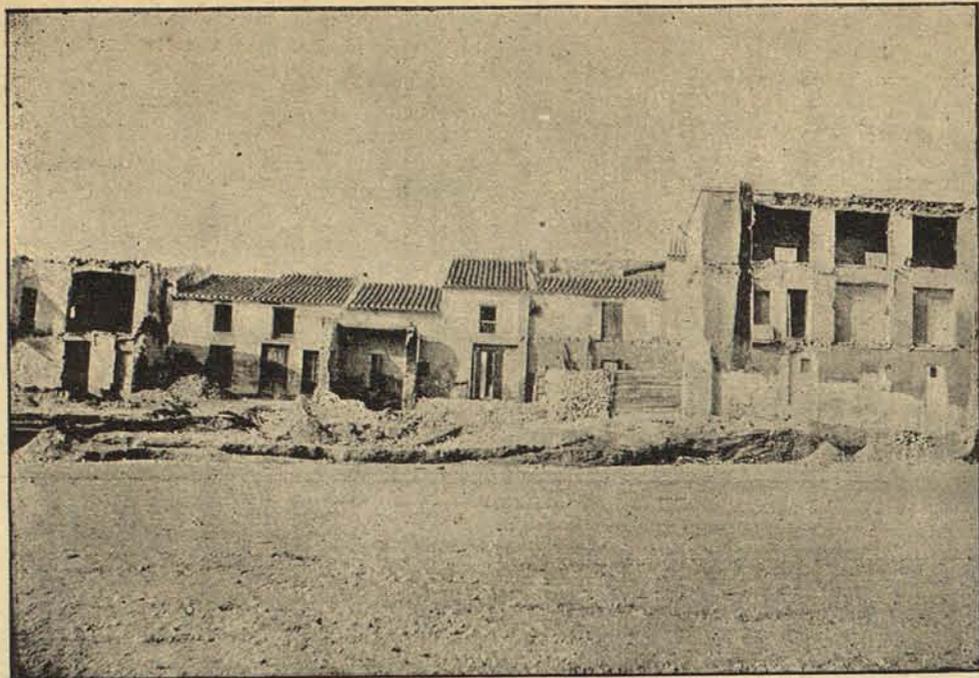
JUAN LOZANO.

Linares, septiembre 22 de 1891.

MÁLAGA-ALMERÍA.

I.

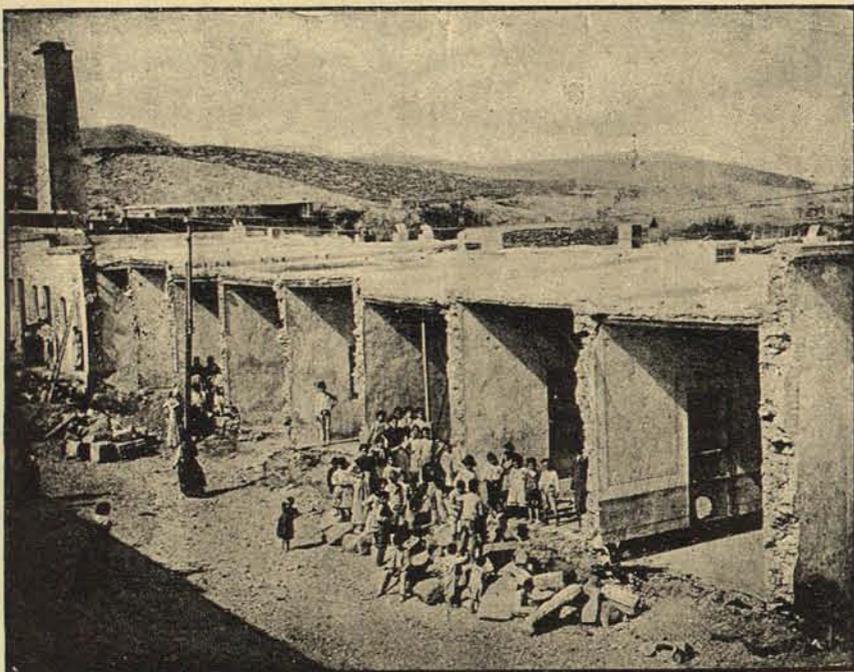
Ambas yacen adormidas del mar mismo á los rumores;



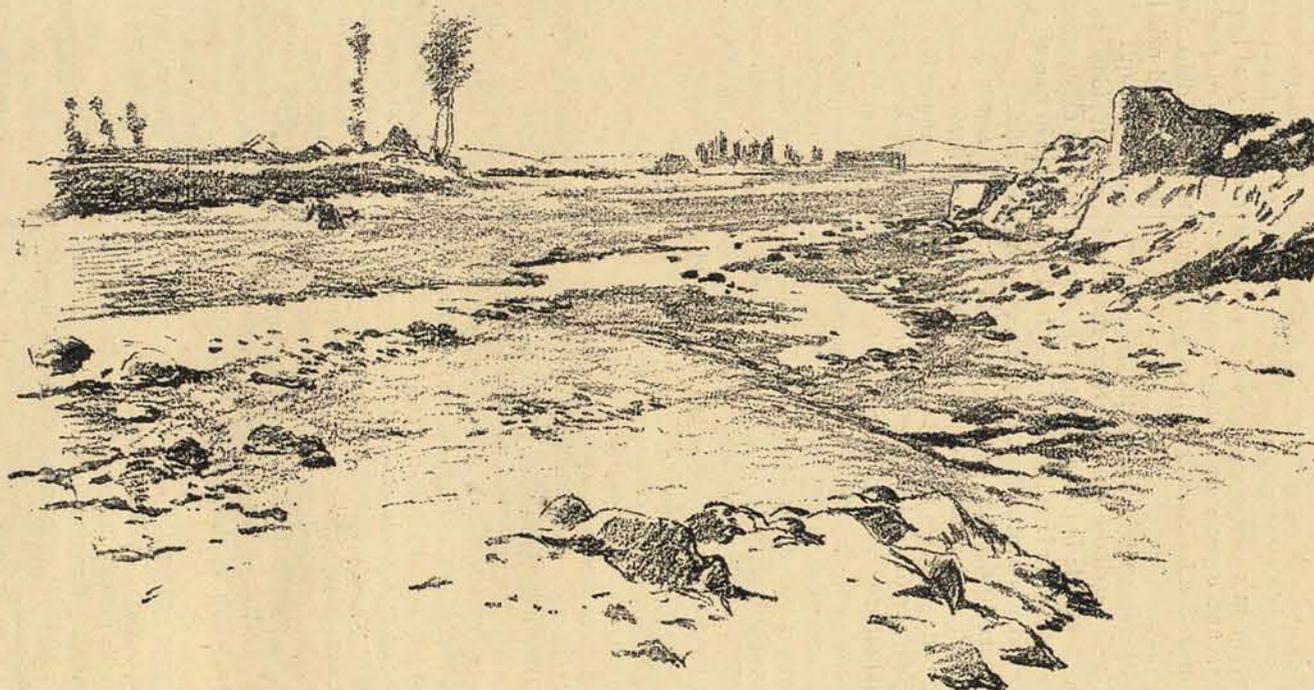
ALBOX.—Parador de Levante y casa de D. Pedro Agapito Jiménez.



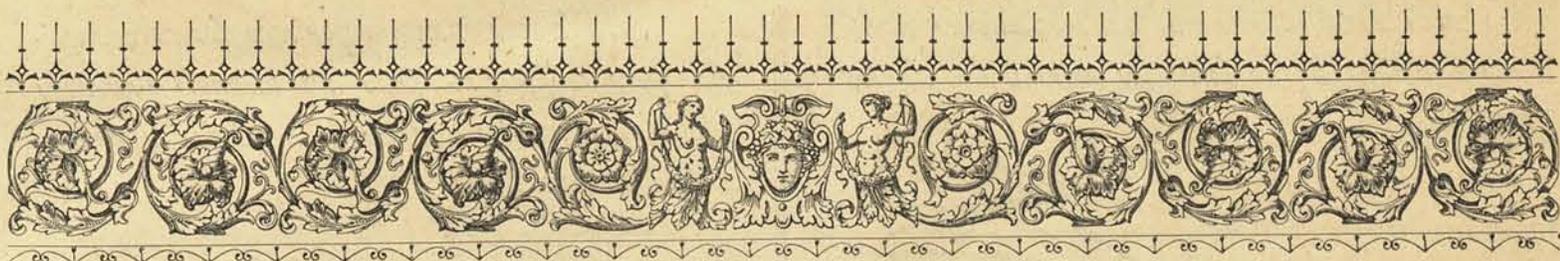
ALBOX.—Fábrica de harinas. Calle de los Alamos.



ALMERÍA.—Calle de Regocijos, después de la inundación.



CONSUEGRA.—Desbordamiento del río Amarguillo.



PENSAMIENTOS

Cuanto más obedece á la ley moral, menos lejos de lo sobrenatural se halla el alma.

Bástale á la sociedad, para aceptar esta ley, que sea útil al mayor número; mas el individuo no siempre gana en su cumplimiento, y ¿quién ha de trocar el placer por el dolor mano á mano?

Así buscan tantos sanción á la moral después de la muerte, y tan pocos se confiesan ateos.

Pero hay algo sobrenatural ó no. Si no, ¿cómo reprimir á la naturaleza? ¿quién tiene el derecho, ó quién la obligación de cerrar á los apetitos de ella el paso?—Para esos que sólo admiten la naturaleza, no hay otra moral, á la larga, que la que cabe en el código penal; y aun ésta ha de guardarse allí muchas veces en vano.—Crear en otro es lo único que sujeta al imperio de la moral en este mundo, cuando se espera allí el juicio de un Dios independiente del universo y del hombre.—La religión y la moral, si no son, pues, una cosa misma, lo parecen al menos.

Y en verdad nada hay más raro que hallarlas por separado en los hombres.

*Antonio Latorre
del Castells*

Se uno con toda la humanidad. Padece con los que han padecido, llora con los que han llorado, y si participas de todos sus dolores, participarás también de su gloria y vivirás de su vida.

Emilio Castelar

El verdadero orden social y político es el conjunto compensado y armónico de todas las libertades.

Mamuel Y. Luelo

*La esperanza es el eslabón que nos une al cielo.
El amor á la patria es la ley de gravedad del alma.*

Las cosechas sembradas en la tierra se cogen en el cielo.

P. de Campomanes

Pido á ustedes me reliven del deber de remitirles algún trabajo. Me falta tiempo. Reciban estas líneas como prueba de mi afecto á España.

Admirar

Los tronos no son más que instituciones políticas llamadas á satisfacer las necesidades de los pueblos.

Auguste

Siempre he admirado á aquellos que ponen su inteligencia y su trabajo al servicio del pueblo.

Manuel Rivir Lonsilla

Manuel Rivir Lonsilla

La miseria no asusta jamás á la ciencia.

Arsene Houssaye.

El agradecimiento es la memoria del corazón.

Massieu.

No demostréis amor sino por la patria y la libertad, y admiración sino por el heroísmo y la virtud.

Cormenin.

Nuestra generosidad necesita también su economía. Debiéramos distribuir nuestros posibles como el agricultor su abono, que si lo derrama sobre una superficie de terreno muy extenso, no produce cosecha, y demasiado limitada, todo se convierte en hierbas y espinas.

Lacon.

La desgracia es una Musa.

Nodier.

Aunque no hubiera más prueba de la divinidad del cristianismo que su teoría y su práctica de la caridad, bastaría para que todo corazón noble y todo entendimiento claro apartasen los ojos con horror de doctrinas que imponen lógicamente el más feroz egoísmo, para elevarlos á la religión que hace de esta virtud el fundamento de la vida temporal y eterna. ¡Solo el cristianismo mira como dado á Dios un vaso de agua dado á un pobre, y lo recompensa con el cielo!

Nada más oportuno que recordar estas sencillas pero sublimes máximas ante lástimas y miserias que llaman nuestro corazón á la piedad y nuestro entendimiento á la fe.

Alejandro Pidal

El azar hace los hermanos, y la virtud los amigos.

Dorat.

Todos los hombres son iguales; sólo la virtud, no la fortuna, debe diferenciarlos.

N. Effendi.

Volver bien por mal, es conquistar ó atraer todos los corazones á la beneficencia; volver mal por bien, es armar las manos de puñales.

A-Li-Ki.

Espanoles é italianos venimos del mismo origen, y están hace tiempo unidas nuestras almas por los dobles vinculos de las glorias que juntos hemos conquistado, y de las desdichas que á la par hemos sufrido.

Recibid el cariñoso saludo que os manda vuestra hermana Italia, y los fervientes votos que hacemos por que iguale vuestra felicidad en el porvenir á vuestra gloria en el pasado, y á vuestra hidalguía siempre.

Cavallotti.

Los derechos esenciales é inalienables existen en la persona humana. La familia existe también en esos derechos, igualmente esenciales é inalienables que ejerce en su seno la persona humana, elevada al complemento de su dignidad. El Estado no tiene necesidad de proclamar esos derechos anteriores á él, ni está autorizado, ni para negarlos ni para disminuirlos; se reduce su misión á protegerlos, y esa misión se refiere al modo, no á la sustancia; es decir, disponer la mejor manera de ejercitar esos derechos reciprocos, á fin de que no se perjudiquen los unos á los otros en su mutuo desarrollo.

Gladstone.

Mi corazón siente amargura ante la contemplación de vuestras recientes desgracias.

Allá os dé un tesoro de prosperidades.

Sidi-Mahomet-Torres.

Dios es Dios: y por ser tal,
Ni puede ser comprendido,
Ni puede ser definido
En lengua alguna mortal.
Dios es Dios: nadie le ve;
No cabe en humana idea
Quien sea, ni cómo sea,
Ni dónde ni cómo esté.
Mas ¿qué hombre puede negar
Al Dios que ha puesto en su pecho
Su fe y su templo, y ha hecho
De su corazón su altar?

José Zorrilla.

No es la caridad que debe inculcar el hombre, sino el cumplimiento del deber de sus hermanos.

Un pueblo viril y honrado será siempre feliz.

La felicidad de los pueblos depende de sus riquezas, y éstas del mayor producto de su agricultura é industria.

El aumento de productos agrícolas é industriales deben procurar todos los jefes de la familia social.

Juan L. Puente
Calderrama

Todas las manifestaciones del saber deben concurrir al remedio de los males; la ciencia, las artes y el comercio han de responder al llamamiento de la opinión pública. Socorrer al desvalido es la condición más hermosa que debe adornar al hombre, pudiendo afirmar que ella es la que le dignifica y engrandece ante los ojos de la sociedad.

Luis Briceño y Morcero

Nunca he deseado ser rico hasta hoy que siento de cerca los lamentos de las víctimas de la inundación.

M. Bestoso

Todo en el universo es útil bajo algún punto de vista.

Los inmensos desastres que en la desventurada provincia de Almería han causado las inundaciones, producen como resultado útil el patentizar el inagotable manantial de caridad que en la prensa española existe.

Alejandro Argandoña

Si la fe ha llevado al libro de la historia los nombres de tantos héroes que en defensa de una idea han sufrido las persecuciones más tiránicas, los martirios más cruentos y hasta una muerte horrorosa, la caridad grava en el tierno y dulce corazón divino el de todos los que enjugan con amor las lágrimas del prójimo, socorren con bondad la misera indigencia y mitigan con piedad y con cariño el infortunio. Por eso, si á aquéllos el mundo tributa homenajes de respeto, les levanta mausoleos ó los coloca en los altares, á éstos sus benéficas acciones les abren las puertas eternas del Emjireo, á donde son conducidos por las milicias angélicas, á la vez que en armoniosos coros la humanidad agradecida entona entusiastas himnos en su loor.

¡Bendita sea la fe que tanto puede!

¡Bendita sea la caridad que tantas dichas produce y tantos bienes alcanza!

Ante Bernabe y

Sentirico

Si la caridad no fuera un deber, sería la más hermosa de las virtudes.

J. Gabellera

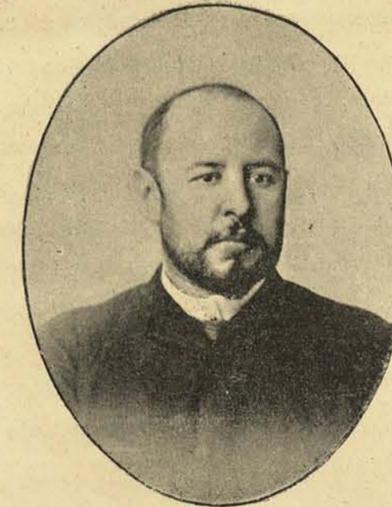
HÉROES DE LA CARIDAD



ILMO. SR. D. AGUSTÍN DE LA SERNA
Diputado á Cortes por el distrito de Vélez Rubio
(Almería).



ILMO. SR. D. EMILIO PÉREZ IBÁÑEZ
Diputado á Cortes por la circunscripción de Almería



D. FRANCISCO MALDONADO ENTRENA
Vicepresidente de la Comisión Provincial y Gobernador interino, durante las inundaciones.



D. RAFAEL FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ SORIA
Condecorado con la cruz de 1.ª clase de Beneficencia,
por su filantropía.



ILMO. SR. SANTOS ZARATE
Obispo de Almería.



EXCMO. SR. D. FRANCISCO SILVELA
Ex ministro de la Gobernación.



D. FRANCISCO JOVER TOVAR
Alcalde 1.º constitucional de Almería



D. JUAN LÓPEZ PORCEL
Sargento 1.º de la Guardia civil.



D. JOSÉ CIURÓ GALINDO
Cabo 1.º de municipales.



D. ANTONIO PIMENTEL



D. LAUREANO JIMÉNEZ.



SRTA. D.ª ROSA LÓPEZ.



SRTA. D.ª FILOMENA FERNÁNDEZ.



SRTA. D.ª LUISA LÓPEZ.



D. MIGUEL CAPEL CORTÉS
Guardia civil.



D. DIEGO ESPINOSA LIMA
Guardia civil 1.º



D. FRANCISCO AGUILAR GARCÍA
Cabo 1.º de la Guardia civil.

Hace dos años visité por vez primera á Almería, y no he olvidado la hermosura de sus mujeres, la gallarda hospitalidad de sus hijos, ni el azul hermoso de su cielo. Cuando supe que la inundación la había arrasado pensé en todo lo que había visto y sentido, y no pude menos de decirme: Aquellas mujeres han llorado sobre las ruinas de su pueblo, aquellos hombres han sufrido con el dolor de sus hermanos, aquel cielo, todo sonrisa y luz, ha fruncido terrible el ceño y se ha oscurecido. ¿Dónde hay mayor desventura que la de ver llorar mujeres hermosas y hombres fuertes, y la de saber que aquel cielo, dosel de tu hermosura, ha sido esta vez cruel contigo?

Federico Munier

Nunca he comprendido tanto la pequeñez del hombre, comparado con su Creador, que en los presentes tristísimos momentos.

A tener el poder en relación á mis deseos, á lo que lamento las desgracias de la ciudad que en mis primeros años conocí, los socorros irían á ella en mayor proporción que las pérdidas que el desastre ha causado, resarcidas éstas con creces.

Mi pequeñez no me permite otra cosa que un caritativo y sincero deseo: reciba éste la ciudad de Almería en estas líneas, como testimonio del cariño que le profeso y de las dichas que le deseo.

Rafael Almazán.

Do quiera ocurran las calamidades, deben afectar al hombre; porque ¿quién sabe dónde ha de vegetar ó morir!

La caridad no sólo es virtud, es un deber y un derecho humano.

La filantropía es vanidosa, pero este defecto puede dispensársele en gracia á los beneficios que reporta.

La prensa, al enlazar la filantropía con la caridad, realiza un verdadero milagro en beneficio de los desgraciados.

Baldomero L^o del Real

Los elementos, indispensables para la vida humana, son instrumentos de muerte cuando se desencadenan; pero el hombre puede luchar ventajosamente con ellos, porque su inteligencia llega á hacerlos insensivos hasta en sus más terribles manifestaciones.

El "quién lo hubiera pensado", viene inmediatamente detrás del siniestro; así es que nunca prevenimos las consecuencias, pero sí lamentamos los efectos.

Al construir un edificio no tenemos en cuenta que los elementos pueden derribarlo, y sólo pensamos en dotarlo de comodidades, cuando primeramente debiéramos fijarnos en que su cimentación fuera en extremo sólida.

J. de Navas Narimor

¡Potentados! Ceded hoy á los pobres lo que os sea superfluo; mañana será tarde, porque nada poseeréis.

Juan J. J. J.

No importa que la dándoa sea pequeña; da siempre que puedas en consonancia con tu situación.

La suprema justicia juzga más por la calidad que por la cantidad del donativo.

Federico Munier

Si los hombres que por sus actividades y talento dirigen á los pueblos, procurasen despertar los adormecidos sentimientos de caridad innatos é inherentes á todo ser, lograrían con ello generalizar la práctica de esta sublime virtud y desterrar el egoísmo, causa de muchos de los males que afligen á la humanidad.

Franco Juvinal

El hombre pasa la primera mitad de la vida olvidándose de aprender, y la segunda aprendiendo á olvidar. La memoria que hace lucir al niño al repetir palabras que su candidez toma por conceptos, es un verdugo inexorable para el hombre al resucitar sus ilusiones transformadas en desengaños.

J. Cosoleu.

Si no ejerciéramos la caridad por deber, podríamos ejercerla por egoísmo, para experimentar el singular placer que produce la práctica de tan sublime virtud.

Sebastian J. Carner

Laudabilísima es la campaña de la caridad en favor de los inundados; pero más laudable fuera que los gobernantes dispusieran plantaciones de árboles y construcciones de defensa para evitar los estragos de las aguas, que siempre es mejor vencer las causas que corregir los efectos.

Jaime Andrés

No conozco ninguna imagen que se grave tan hondamente en la memoria, como la del dolor y la ruina. Eternamente, en esta irrisoria eternidad de una vida, verá claro y preciso aquel desolado cuadro de Consuegra; pero eternamente también contestará á este recuerdo la oración de mi alma por los que perecieron y la compasión por los vivos. Por obra de Dios Todopoderoso, tan vigorosa es la gestación de la naturaleza para crear como para destruir. Consuegra y Almería son hermanas gemelas de aquel siniestro alumbramiento del 11 de septiembre, y para las dos guardo sentimientos generales, nacidos de la misma fuente.

Modesto Sánchez Ortiz

Si Horacio, el gran filósofo y poeta, insigne maestro de los Pisones, decía que en la exposición de sus pensamientos, si era breve, se quedaba oscuro, corto é incompleto, y si para evitar tales inconvenientes se alargaba en su exposición, temía hacerse pesado, ¿qué he de hacer yo, infeliz de mí, condenado por pura cortesía á escribir unas cuantas líneas para el "Almería-Consuegra"?

¡Si á lo menos hallase un punto, uno solo de los que constituyen el saber humano, que no desconociera! Pero puesto ya en el caso de cumplir mi compromiso, diré que: El sentimiento de caridad arraigado en el corazón del hombre, por si sólo constituye una prueba elocuente de la unidad de la especie humana.

Es el único que, desatendiendo las múltiples teorías sociales, resuelve prácticamente el problema de la igualdad universal. Para él no hay regiones, límites ni fronteras.

Su inagotabilidad sólo se concibe por ser una emanación, en nuestro espíritu, de la inmensidad de Dios.

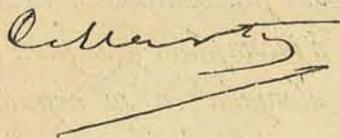
Eduardo M. Maluquer

Si fuera dado concebir un pueblo sin resortes morales, sin amor á la tradición, sin fe en las ideas ni en el porvenir, entregado al instinto materialista de los goces que pasan y á la sola satisfacción de sus pasiones, no habría, de seguro, quien fuera capaz de tejer la red de sus instituciones en términos eficaces para comprimir el desorden de sus instintos é imponerle la disciplina necesaria para encaminarle á ningún fin social.

Phononoy Astle

La religión, el arte, la patria, conceptos son de un orden superior metafísico, antes buenos para sentidos que no para explicados. Símbolo de fortaleza, comunidad de afectos, dignidad colectiva, aspiración de grandeza, fuente de honrosas acciones, altar de gloria, deber de todos los deberes, amor sobre to-

dos los amores, abnegación, sacrificio, conciencia que una nación tiene de sí misma.



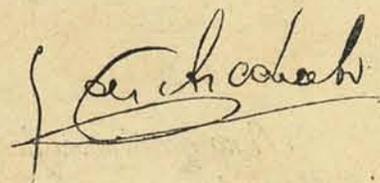
La usura ejerce su cruel tiranía sin competencia en los campos, y mientras no se levanten rivaletas que la pongan coto, sería mala política no favorecer los intereses de la agricultura, antes al contrario, agravar su actual estado, fabricando armas que sólo se aprovecharían los explotadores de siempre de la clase labradora.



La favorable cuestión obrera sería fácil de resolver, y las calamidades públicas no se repetirían con tan dolorosa frecuencia, si el derroche de talento que emplean los hombres políticos para escalar el poder unos y para mantenerse en él otros, lo dedicasen á atender con verdadero interés las necesidades del país y á desarrollar su riqueza. Desafortunadamente, la cultura por un lado y por otro la caridad cristiana, suplen en buena parte la falta de patriotismo de que se acusa, la mayoría de las veces con razón sobrada, á nuestros gobernantes.

J. Ferris Mencheta

El sentimiento guiado por la razón es la locomotora que, mientras marcha sobre los carriles, salta abismos y traspone montañas con vertiginosa velocidad sin daño y sin peligro, al paso que cuando pretende prescindir de aquella luz, es como la locomotora descarrilada que lleva por todas partes la destrucción y la muerte.

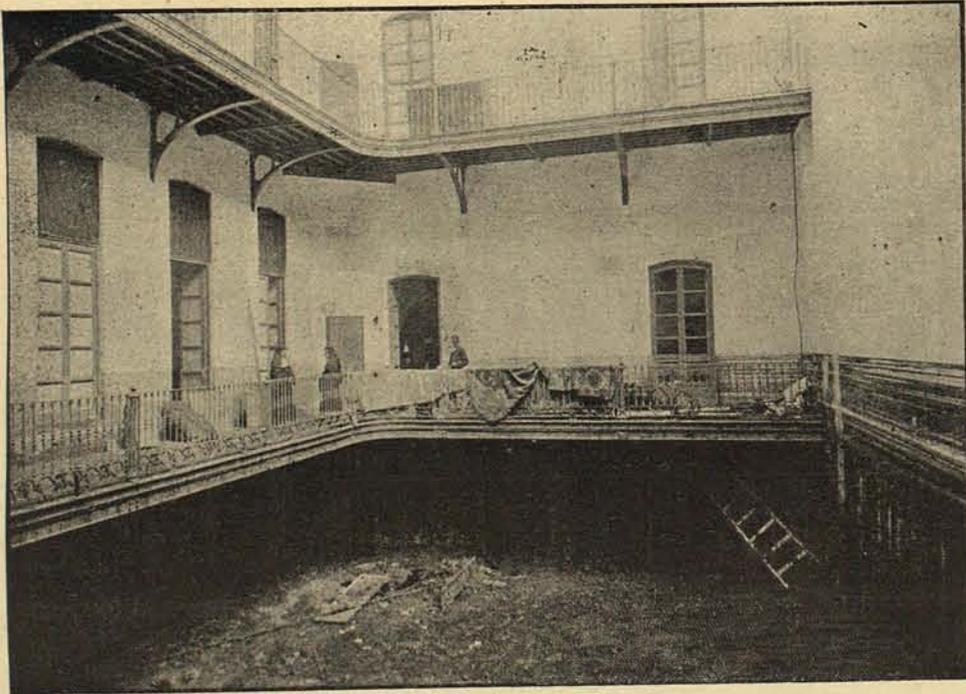


ESTROFA

Quan encare les aygues no sabia,
Jesús, de vostre cor,
zhíont cercava la font de poesia,
si tot es fanch en aquest mon traydor?
Mes are que les sé, oideta mia,
oull beure 'n nit y dia
fins á morir d' amor.

Jaime Verdagué





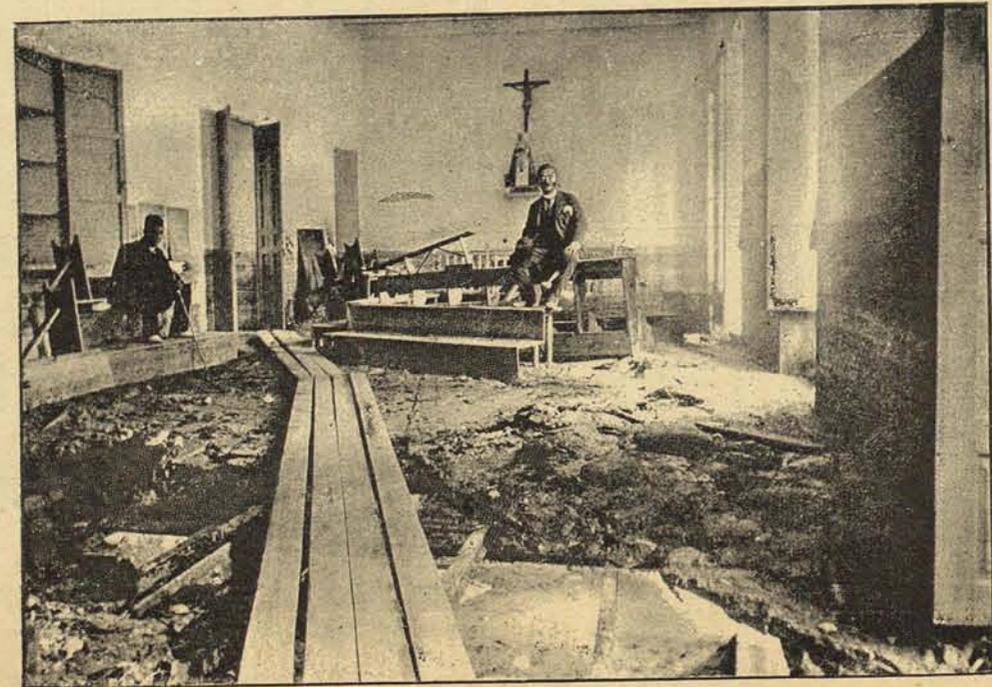
ALMERÍA.—Altura de las aguas en el patio de recreo del colegio del obispo Orberá.



ALMERÍA —Estado de la calle del Gran Capitán, después de la inundación.



ALMERÍA.—Familias aisladas por la inundación.



ALMERÍA.—Estado de la escuela de primera enseñanza del colegio del obispo Orberá, después de la inundación.

ambas son hermosas flores
al mismo pecho prendidas;

ambas sienten el acento
del mismo hirviente oleaje,
y del África salvaje
respiran el mismo viento;

ambas son regias sultanas,
y en el andaluz edén
son las dos joyas á quien
se llama las dos hermanas;

ambas son de España gloria
y su belleza suprema,
y con la misma diadema
las cubre á las dos la historia;

son dos sueños de poesía,
que enlaza un cordón de flores;
del mismo sol dos fulgores
son Málaga y Almería;

son dos ángeles del cielo
unidos por el amor:
la una, el ángel del dolor;
la otra, el ángel del consuelo;

son dos flores que se mecen
del mismo tallo nacidas;
son de un aliento dos vidas
que separadas parecen;

y finalmente, las dos
tuvieron la misma cuna,
porque nacieron de una
sonrisa de un mismo Dios.

II.

El viento gime sordo,
el mar sordo murmura
y negras por el cielo
las densas nubes cruzan;
preñado de amenazas
horrible el trueno zumba
y livido el relámpago
la oscuridad alumbrá.

Del ángel de la muerte
la airada voz se escucha,
desátase á su acento
la nube en gruesa lluvia
y rápidos torrentes
doquier la tierra cruzan
llevando de sus ondas
entre las aguas turbias
los destrozados restos
que arrebató su furia.

Ni ruegos ni plegarias
en su furor escuchan,
doquier el luto siembran,
doquier muerte fulguran.

Cogidas de la mano
fatídicas fluctúan
la muerte y la miseria,
el llanto y la pavora,
y en tan horrible estrago
la destrucción regulan,
mientras que lanza un pueblo
con voz que nadie escucha
el ¡ay! desesperado
de la suprema angustia.

III.

Málaga, tu pobre hermana
á tí acude en su agonía,
ayer risueña y ufana
y como tú flor galana
y orgullo de Andalucía.

Perlas de España las dos
os estrechasteis las manos:
hoy de tus pasos en pos,
murmura: Malacitanos,
¡una limosna por Dios!

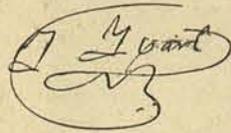
J. AMBROSIO PÉREZ.

ALMERÍA Y CONSUEGRA.

Cuentan que el célebre violinista Paganini halló una vez, apostado en una esquina, á un desdichado que pedía inútilmente limosna rascando un mal violín. Cogióselo el maestro, puso el sombrero en medio del arroyo, y tocando las mejores piezas de su repertorio con igual maestría que si estuviera en el teatro, logró detener á los transeuntes en compacto corrillo y obtuvo de ellos, para el infeliz, abundante colecta.

En realidad, los directores de este álbum, editado con fin benéfico, invitan á los escritores á imitar á Paganini, y nada tan honroso como esta invitación: es de las pocas que pueden enorgullecer á quien cultiva las letras. ¡Pues no es nada considerarle dispuesto á tan noble acción y obligarle á poner su talento al servicio de la caridad!

Pero á quien, como yo, no es, por desgracia, un instrumentista capaz de detener á la gente plantándose en una esquina ¿qué recurso le queda? Solo uno: sentir más que nunca, con más razón que nunca, su ineptitud, y tender buenamente la mano á los lectores por los inundados de Almería y Consuegra.—¡Una limosna por amor de Dios!



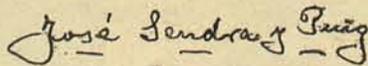
LA FELICIDAD.

La felicidad, se dice, no existe en la tierra; á nadie, pues, corresponde vanagloriarse de haberla disfrutado.

Yo entiendo que el que tal dijo, no acudió jamás á remediar, por propia iniciativa, un infortunio.

Si es la felicidad, como yo creo, sensación de placer que llena el alma; bienandanza infinita del espíritu, que á menudo se revela en una lágrima; sentimiento de noble emulación que enorgullece y dignifica; dulce emoción de estímulos y amores; olvido de la propia flaqueza y deleite que nace del deber cumplido... Si es esto la felicidad, hay en la tierra quien la conoce bien. Díganlo, si no, los que han sentido alguna vez el ardoroso beso del que gime en la miseria; los que han oído la bendición soberana que pronunció la temblorosa lengua del pobre, al ver que de él se acuerda un hermano.

¡Corazones generosos, almas grandes que practicáis el bien! Para vosotros solamente se hallan reservadas las horas de felicidad terrena, precursoras de la eterna felicidad.



Barcelona 30 de noviembre de 1891.

¡ESPERAD!

Al ver en torno vuestro
la ruina y la miseria,
que fiero cataclismo
produjo al estallar,
en vez de alzar al cielo
los ojos llenos de ira,
pedidle al Rey del orbe
que alivie vuestro mal.

Pedidle contristados
que su furor mitigue,
que aplaque sus enojos
y os mire con piedad;
pedidle, pues El mismo
sobre la tierra un día,
nos dijo cariñoso:
«Pedid, y se os dará.»

No, no desesperéis,
pues á calmar pesares
y á prodigar consuelos
vendrá la Caridad;
la Caridad sublime
que Dios al mundo envía
para enjugar las lágrimas
y asegurar la paz.

J. TOLOSA HERNÁNDEZ.

¡MADRID!

La corte de España, el pueblo de los héroes, el sublime y caritativo Madrid, ha respondido como siempre á todas aquellas acciones grandes que llevan por lema el patriotismo y el amor al prójimo.

La prensa entera, ese elemento que marcha á la vanguardia de la civilización, ha hecho un llamamiento al pueblo de Madrid, y éste... ¿qué había de hacer?

Conforme que la amorosa madre se halle dispuesta á dar su sangre por sus hijos; conforme que el patriota se sacrifique por la independencia de su territorio; conforme que el pueblo de Madrid socorra; es su condición, es parte de su vida, es su carácter, es en fin su sello peculiar... ¿qué había de hacer?

Siempre que el infortunio con sus tétricas garras ha afianzado á un pueblo; siempre que las desgracias, las amarguras y las hambres han hundido alguna región; siempre que algún acto ha tendido á hollar el pabellón glorioso de España, un coloso se ha elevado metamorfoseándose según las necesidades, desde el ángel de la caridad que enternecido llora al par que consuela con sus pródigas manos al desvalido, hasta el Hércules de hierro que se halla dispuesto á pedir cumplida satisfacción de los insultos, desmenuzando con sus férreas manos el orgullo del presuntuoso que siquiera pretendió menoscabar las glorias de la patria.

Ese es Madrid.

Hoy que todos lloramos los inmensos desastres ocasionados por la tempestad del 11; día memorable para los siempre pacientes, tan sufridos como desgraciados hijos de esa tan querida Almería; hoy que la miseria con su terrible aparato de horrores asoma en lontananza su escueta cara, aparecen por el norte potentes resplandores que vienen á atenuar el gran desaliento ocasionado por la lúgubre aparición del fantasma del hambre: es Madrid que acude presuroso con el paño que enjague vuestras lágrimas, con el alimento que reponga vuestras fuerzas, y con el traje que abrigue vuestros ateridos cuerpos.

¡Almerienses! ¡hermanos míos!; triste es vuestra suerte; pero el pueblo de Madrid vela por vosotros. Suspended el pesimismo que las desgracias perpetuas os han hecho adquirir, y volved la vista á la hermosa esperanza, porque Madrid interesado y dolorido por vuestros infortunios, acude anhelante y presuroso á estrecharos en sus brazos y enjugar vuestras lágrimas. Confíad tranquilos, que el pueblo de los héroes no abandona nunca ninguna causa justa. Esculpir con el cincel del agradecimiento en

vuestras almas, ese nombre que representa al Titán de la caridad.

¡Madrid!...

JOSÉ MARTÍN RULL.

Vélez-Rubio 20 de septiembre de 1891.

ACUDAMOS.

Los lastimosos gemidos de nuestros hermanos de las provincias de Toledo, Almería y Valencia, nos demandan Caridad, y los deberes de cristianos y españoles nos imponen su inmediato ejercicio. Una horrible desgracia ha llenado de luto, desolación y miseria á varios pueblos, donde gran parte de sus moradores yacen insepultos, y los que han sobrevivido á la catástrofe, afligidos, extenuados y enfermos, carecen de lo más necesario para conservar su existencia.

Siempre que en nuestra patria ocurre una desgracia, todos acuden presurosos á mitigar el dolor de las víctimas, y por eso esperamos que en la presente ocasión no habrá español que deje de remitir su óbolo á Consuegra, Almería y demás puntos afligidos, para enjugar en lo posible el lloro de tanto desgraciado. ¡Nunca es el hombre más grande que cuando socorre á un necesitado! ¡Ningún acto humano es tan agradable á Dios y á la sociedad, como el de amparar á los desvalidos y reparar los perjudicados!

Jamás permanecieron indiferentes ante la desgracia los hijos de esta hidalga tierra, y buena ocasión se les presenta ahora de demostrar nuevamente que en sus corazones siempre tienen fácil cabida los sentimientos compasivos y misericordiosos. ¡Españoles, acudamos presurosos al socorro de nuestros desgraciados y afligidos hermanos: ejerzamos una vez más la bendita caridad, que es el resumen de los preceptos divinos, la más excelente y fecunda en frutos de todas las virtudes, y el más noble y sublime de todos los actos humanos!

JOSÉ DEL CASTILLO.

Málaga, septiembre de 1891.

LA MAYOR VIRTUD.

«...Y sobre todas Caridad.»
S. PABLO.

SONETO.

Hay en el alma un bello sentimiento
emanación del cielo misteriosa,
sublime llama, pura, esplendorosa,
voz de tierno, dulcísimo concento.

Al misero que sufre, presta aliento,
el llanto enjuga, madre cariñosa,
y fuerte, inagotable y ardorosa,
del hombre endulza el postrimer aliento.

El mundo hermana, con su amor divino
ligando los humanos corazones
de la vida en el áspero camino;
mitiga del mortal las aflicciones
y del pobre suaviza el cruel destino
la Caridad con sus preciosos dones.

L. Moreno Ayala

LA CARIDAD.

La tristeza, la compasión y la pena que despierta en el alma el espectáculo de las ajenas desdichas, prorrumpe hoy en nuestro pecho un

eco doloroso cuyas fúnebres ondas han embargado mi inteligencia de tal modo, que no acierta á coordinar el pensamiento ante el cuadro de la desgracia, del desamparo en que quedan millares de familias que pocos momentos antes de la horrible catástrofe disfrutaban de inefable dicha, lloran hoy lágrimas de amargura.

Para remediar tales desgracias hay que acudir, como siempre, á una palabra grande, que no cabe en los límites de la vida porque abarca lo terreno y lo celeste, que tiene poder bastante para consolar las angustias de la misma muerte, que desea unir tanto, tanto, al linaje humano, que no quiere que tenga más que un solo corazón y una misma alma, para que todos los hombres á un mismo tiempo sintieran las mismas desgracias y disfrutaran también de la misma alegría. Esta palabra bendita se llama *caridad*.

Virtud sublime que invocan hoy nuestros hermanos desamparados, que tienen hambre y no tienen vestidos para cubrir sus carnes.

Yo bien sé que la noble España responderá con generosidad bastante á los llamamientos que hace el infortunio, porque así ya lo demostraron sus hijos cuando las inundaciones de Mureia, cuando la epidemia invadía nuestros pueblos y cuando las terribles sacudidas de la tierra convirtieron en montones de ruinas los pueblos de la fértil Andalucía.

Pero si vanas preocupaciones hicieran que algunos, por desgracia, no quisieran mirar el cuadro de la desdicha porque les molesta, tengan muy presente que el clamor del desnudo, del hambriento, del desamparo y de la miseria sube hasta las gradas del trono del Altísimo y que Dios escucha con complacencia hasta los deseos de los pobres, amenazando con la terrible copa de su indignación al miserable corazón del tacaño, que amontonando oro no oye el gemido de su hermano que le pide una limosna en nombre del Altísimo.

JOSÉ LÓPEZ MARÍN.

Málaga, 20 de septiembre de 1891.

EL EXPEDICIONARIO.

—Libre Berenguer de Entenza,
corre á Cataluña al punto;
recluta gentes y, junto
ya su ejército, volvió
á Galípoli. ¡Qué noche!
El aire entre las almenas
tristes cánticos de penas
á los cielos levantó.

Yo fui con él, y recuerdo
la noche de la partida
como una ilusión querida
que ya nunca ha de volver.
El viento calmó; en bonanza
quedó el mar en un instante,
y huyó la bruma delante
del sol del amanecer.

Desde tal hora, mi espíritu
abrigó esperanzas bellas
como las limpias estrellas
que vi de noche brillar,
cuando la luna besaba
los cascos de nuestras naves,
en blandos ritmos, suaves
como plegarias del mar.

¿Qué alma joven no sonrío
si canta el mar, y si el cielo,
como trasparente velo
de brumas le deja ver
realizado su afán loco,
y si en la onda rizada
ve temblando la adorada
imagen de una mujer?

También Entenza vivía
del recuerdo de una esposa;

en cada nube, una rosa
de su frente de arbol
fíngiale el pensamiento;
un suspiro en cada estrella
y una lágrima de ella
en cada rayo de sol.

—Con buen augurio empezaba
el viaje.

—¡Equivocado
sí que fué! ¿Quién que ha soñado
la dicha, logró encontrar
su realización hermosa,
si es la dicha como aquellos
dulces espejismos bellos
que yo contemplé en el mar!

Apenas pisó la tierra,
bajo el puñal afilado
de un infame, asesinado
cayó el triste Berenguer.
¡Yo aspiré su último aliento!
¡yo ví su última mirada,
que fué para la adorada
imagen de la mujer
que, allá dejó, en su castillo,
triste fantasma de piedra,
con su ropaje de yedra
como ornamento ideal,
donde espera todavía
al guerrero idolatrado,
bajo el techo blasonado
de la cámara nupcial.

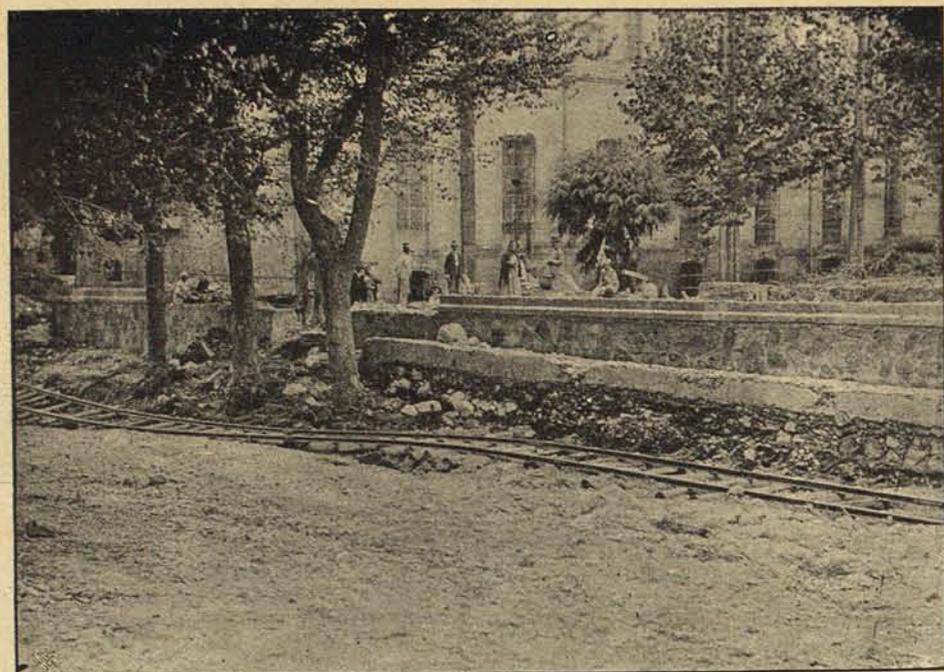
Muertos Roger y el de Entenza;
el de Mallorca en prisiones;
siguiéndonos en legiones
turcos y griegos; con hiel
en las venas, más que sangre;
con rabia... que todavía
tiembla y ruge el alma mía
pensando en el tiempo aquel;
sin paga, sin jefe alguno,
enfermos, desesperados,
momias ya más que soldados,
consentimos en quedar
á las órdenes de Gualter,
nuevo Gran duque de Atenas,
queriendo así, nuestras penas,
en sangre enemiga ahogar.

Mucho pidió el nuevo Duque
y mucho también le dimos;
por donde quiera que fuimos,
nuestro estandarte miré
clavado, como glorioso
girón divino, sangriento,
y adonde fué el pensamiento,
allá nuestra gloria fué.

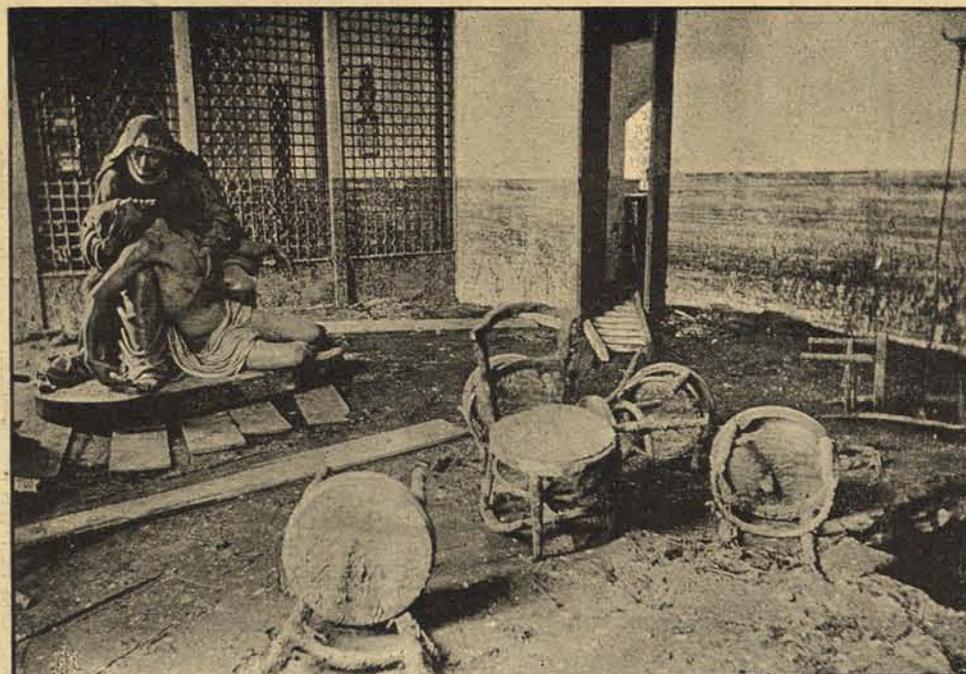
¿Quién al mundo detendría
en su rotación gigante?
¿Qué fuerza será bastante
para humillar la de Dios?
Con dos imperios luchábamos,
y á nuestra fiera arrancada,
como la espiga tronchada
derrumbáronse los dos.

Conquistamos la Salónica;
todo el reino Macedonio
como el ángel al demonio
lo vimos á nuestros pies;
y no quedó en la Tesalia
monte, por alto que fuese,
donde el pendón no luciese
catalán ó aragonés.

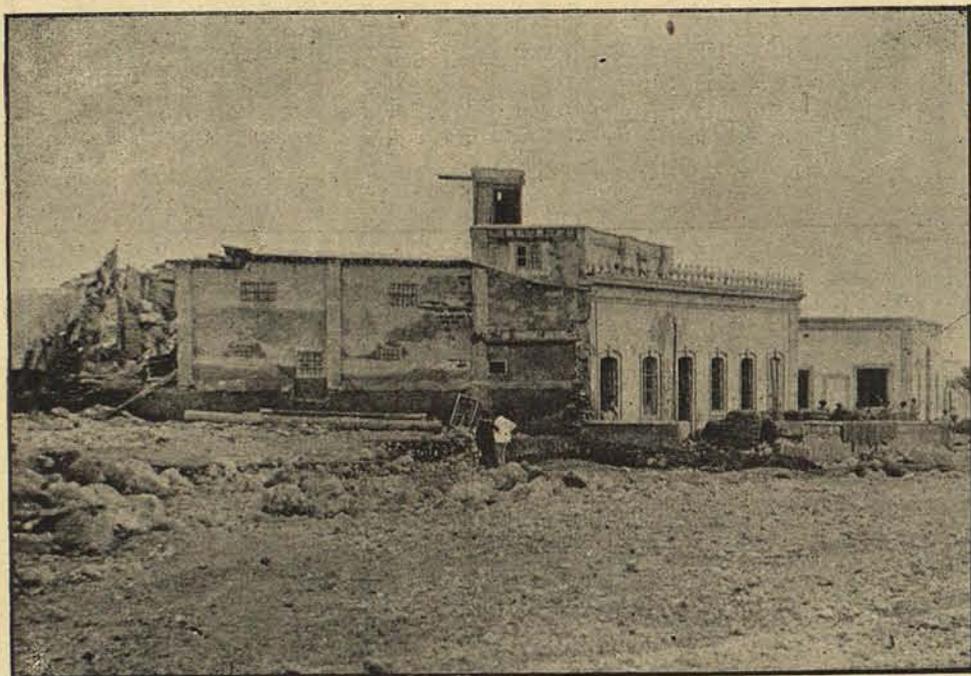
Se atraviesan las Termópilas,
la Valaquia, la Morea,
y llevando por presea
al Duque nuestro señor,
treinta ciudades ganadas
y el oro en fardos pesados,
entramos en sus Estados...
sin que hallase el vencedor
ni un laurel... Ni una sonrisa!
Nadie á pensarlo se atreve;
trama un complot el alevé
Gran Duque para que en él
muramos, y satisface
antiguo y falaz deseo.
Un joven, griego moro.



ALMERÍA.—Rambla del Obispo por la fachada posterior del colegio.



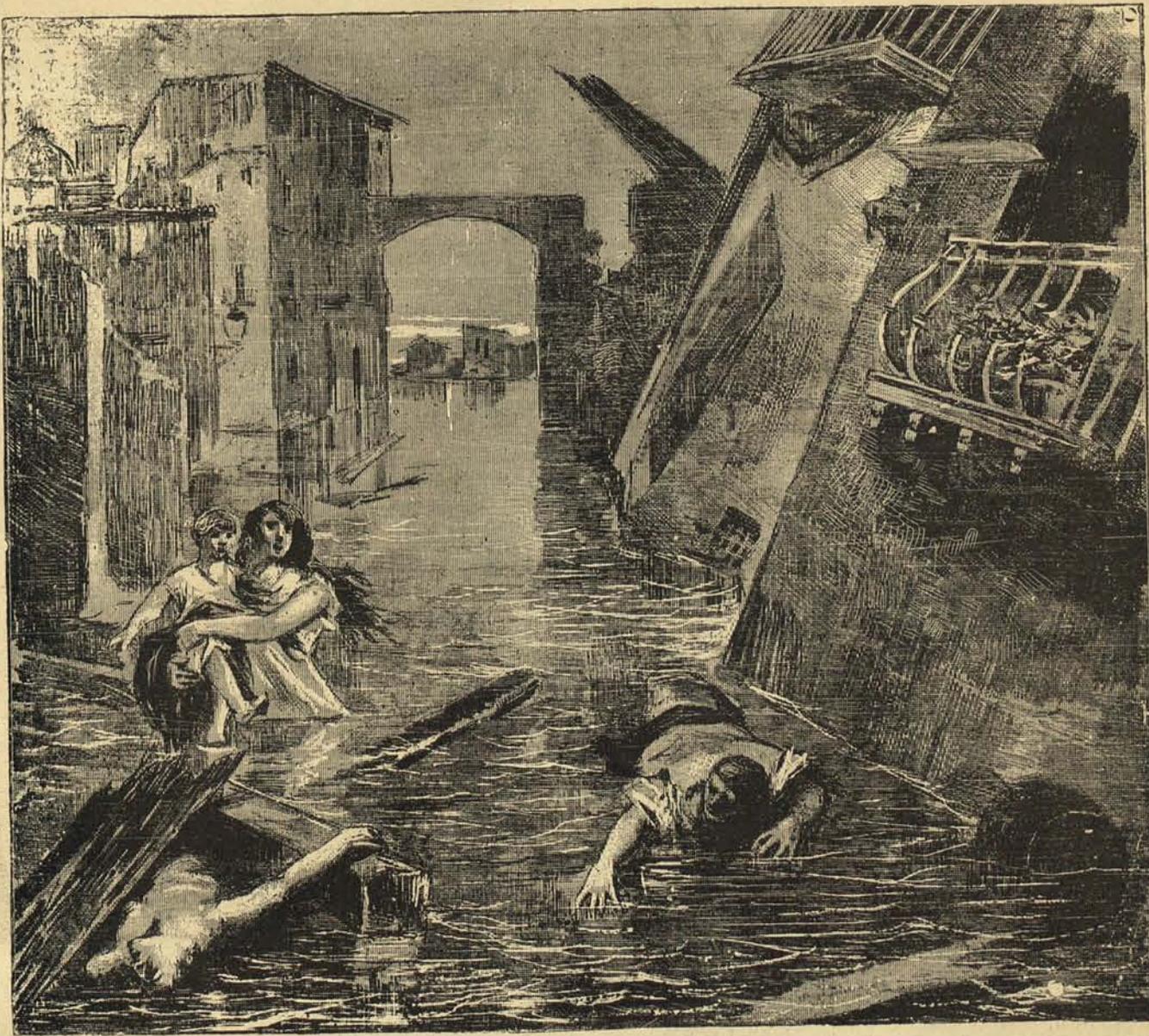
ALMERÍA.—Interior del colegio del obispo Orberá y altura de las aguas.



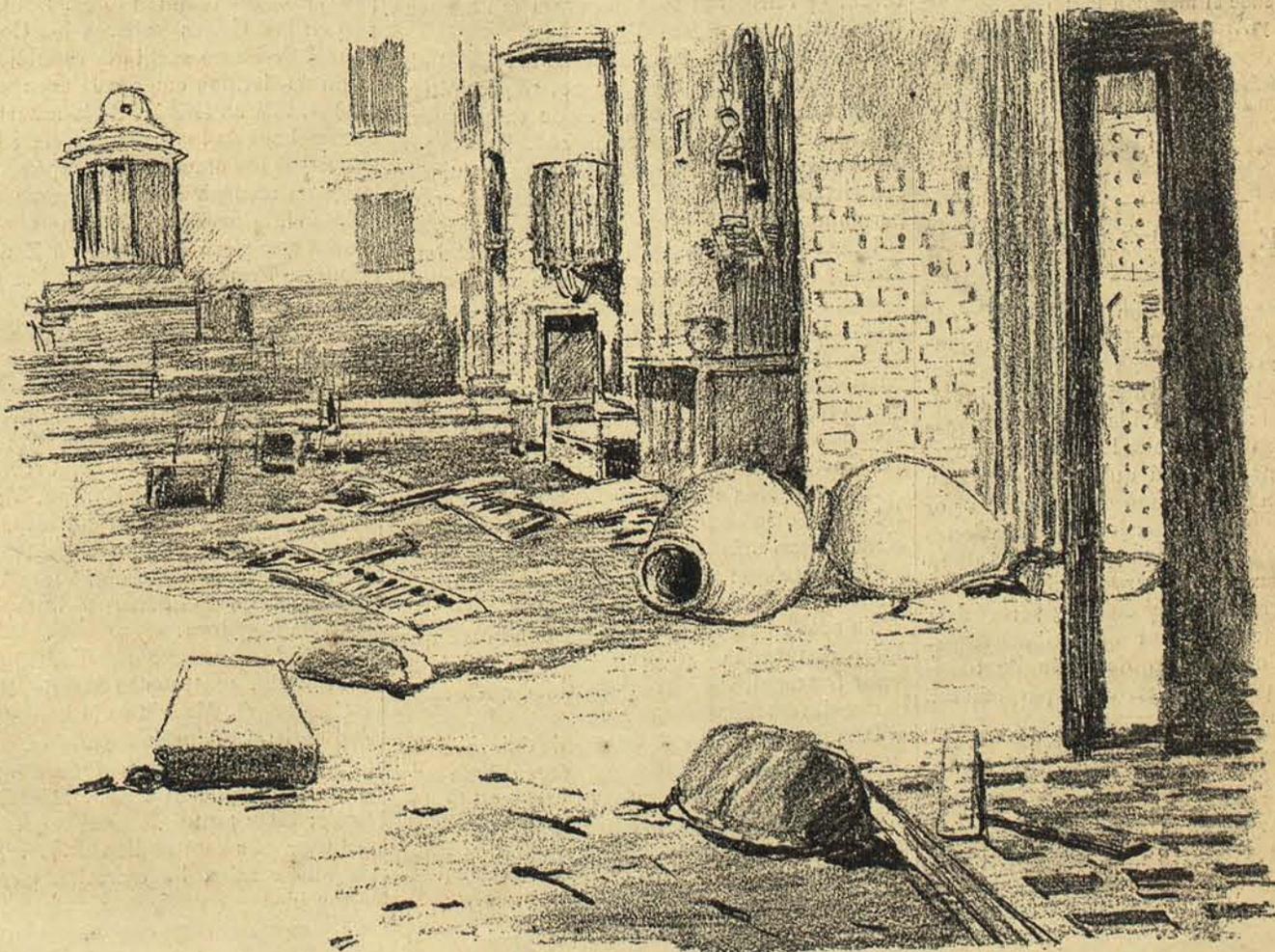
ALMERÍA.—Tejares destruidos en las inmediaciones de la Rambla de Belén.



ALMERÍA.—Casas destruidas en las inmediaciones de la Rambla de Belén.



CONSUEGRA.—Casas destruidas en las riberas del río Amarguillo y víctimas causadas.



CONSUEGRA.—Iglesia inundada.

esclavo mío muy fiel,
avisanos.—¡Traición!—grita
el bravo español vendido;
—¡Traición!—repite el rugido;
y el Duque, en la confusión,
nos sorprende con sus tropas
cobardes, que no sabían
que á nosotros no podían
vencernos... ni aun á traición!

La lucha empieza; ya ruge
el pecho entre la coraza;
nuestra embestida rechaza
Gualter Brena en el primer
encuentro; las armas chocan,
vibra allá el clarín agudo
y salta roto el escudo
y hay cadáveres doquier.

Piafa el alazán, tascando
las riendas ensangrentadas;
indómitas las mesnadas
á morir enteras van;
y en el turbión, traje, hombres,
paveses, cascos bruñidos,
en el suelo, confundidos
como despojos están.

Veo de repente al Gran Duque
allá, por el ala izquierda,
le hago de un golpe, que muerda
el polvo, me arroja el ruín
su espada, al caballo hiere,
los dos sobre el miserable
damos, y entre el formidable
y fiero clamor sin fin
de armas y gritos de furia,
frente á frente y brazo á brazo
me da un golpe, lo rechazo,
tiro, lo pára también;
y en un arranque supremo
le cojo, y mientras resopla
como un bruto, mi manopla
le hundo de un golpe en la sien.

Murió; su corona dimos
al noble rey siciliano;
me arma caballero; ufano,
yo recibo el galardón,
y ya os relaté, señores,
en voz franca y firme el pecho,
lo que allende el mar han hecho
Cataluña y Aragón.

M. Martínez Barrio

DESDE LA ALCAZABA.

Es verdad: construcción en ruinas sembrada
de malezas y peñascos, sin artesonados ni pin-
turas, sin butacas mecedoras ni divanes, sin
ninguno de aquellos elementos propios é indis-
pensables del arte y de la vida moderna; cons-
trucción en ruinas donde falta la vida y la muer-
te impera; que nada dice á quien sólo vive en
el presente y con el egoísmo de la materia por
norma, pero llena de recuerdos, de reflexiones
y de bellezas para todos los espíritus que aman
la tradición y ven en sus muros quebrantados y
en sus peñas arrastradas y en sus puertas des-
truidas ó desfiguradas por la acción irrespec-
tuosa de los siglos, el lazo de unión de todas
las generaciones en la historia, la perpetuidad
progresiva de la vida humana.

¡Qué golpe de vista!

A los pies, por uno y otro lado, la población
con su vega que verdea en el horizonte; con
sus casas humildes ó lujosas, pero siempre
blancas, que reflejan la brillante luz del sol del
Mediodía; con sus azoteas que hacen creer á la

imaginación soñadora que nos hallamos en la
costa vecina y opuesta; con el mar quieto y en
calma, aplanando con su inmensidad, mientras
sólo se mira con los ojos del cuerpo, que resulta
tan pequeño ante su grandeza, levantando el
alma cuando se mira con los ojos del espíritu,
más grande y más infinito, porque el mar se
mide y su fuerza se domina, mientras la del
espíritu del hombre ni se tasa ni se doma!

Granada y Almería... la Torre de la Vela y
la Alcazaba... ¡qué distintas y qué hermosas
las dos!

MOISÉS GARCÍA MUÑOZ.

DESOLACIÓN.

SONETO.

No es la trova de amor y de ventura
que el bardo canta en pro de alguna hermosa;
no es de la mar la onda bulliciosa
que da al ambiente celestial frescura;
no es la brisa que agita la espesura
pasando entre sus frondas amorosa;
no es la que mece la galana rosa
aumentando á su cáliz hermosura;
no es el canto de amor... ¡es de agonía!...
¡lamentos y quejidos á millares
que destierran de todos la alegría!...
La tormenta te hirió ¡flor de los mares!
y el dolor que tú sufres, ALMERÍA...
¡llo está llorando el pueblo de Linares!

MAXIMILIANO ARROYO Y DIEGO.

22 septiembre 1891.

¡¡CARIDAD!!

Dulce palabra, que sirves para designar el
ejercicio de la más bella de las virtudes. ¡Ben-
dita seas!

Tu sola enunciación hace latir con mayor ce-
leridad al corazón, y brotar de él abundantes
efluvios de amor, que ascendiendo, invaden el
cerebro y refrigeran todo el organismo humano.
¡Bendita mil veces seas!

Las implacables Furias envueltas en el obs-
curo manto de tenebrosa noche, se precipitaron
sobre nuestro suelo, sedientas de exterminio, y
precedidas por cenagosas aguas, llenaron de
desolación y luto con su destructora marcha los
contristados ánimos de nuestros desventurados
hermanos.

¡Almería! ¡Consuegra!; vuestras calles inun-
dadas por el devastador impulso de invasoras
aguas; vuestros muros derruidos y vuestros ha-
bitantes sepultados entre escombros ó arras-
trados por las turbias corrientes, lanzando an-
gustiosos gritos, demandando socorro, han
hecho repercutir las sonoras ondas atmosféricas,
llenando al mundo con la triste nueva de vuestro
aflictivo dolo.

A remediaros se aprestan vuestros hermanos
del uno y otro continente, proyectando cuantos
medios sean más conducentes para acrecentar
los ingresos que vuestra inmerecida suerte há
menester.

Ya acuden en vuestro auxilio y en breve que-
darán restañadas con el bálsamo benéfico del
amor fraternal, las cruentas heridas que ocasionan
devastadores elementos.

Derramemos, pues, lágrimas de dolorosos re-
cuerdos, ante la tumba donde yacen los restos
de las desventuradas víctimas: lamentable des-
gracia de todo punto irremediable; y obremos
para socorrer á los vivos, demandando á nues-
tros hermanos

¡Una limosna en nombre de Jesucristo!

MILREMOS.

Málaga, septiembre de 1891.

¡LA CARIDAD!

(FRAGMENTO DE UNA "ODAS".)

Brille la Caridad, joya sagrada
de nuestro afán consuelo,
y amorosas festejen su llegada
aves y flores, vírgenes y cielo.

Vedla llegar, espléndida matrona
que la divina luz lleva en su frente
y ostenta por corona
los fulgores del sol resplandeciente.

Forman su vestidura
y tiene por dosel de sus altares
la nieve arrebatada de la altura
y las blancas espumas de los mares.

Mezcla de lo divino con lo humano,
se llega á comprender, no se describe,
y en alas de su influjo soberano
á veces nace, vive

y alza su templo en corazón cristiano.

Acaso el cielo, al contemplar que el mundo
miserias sólo ó vanidad encierra,
donde el temor profundo
en eterna Babel cambia la tierra,
anheló en su bondad siempre infinita
lenitivo otorgar á tanto duelo,
y, ángel de paz, la Caridad bendita
con misión celestial bajó del cielo.

San Juan de Goyen

MADRID-ALMERÍA.

Las grandes catástrofes de la vida son á veces
como las grandes revoluciones de los pueblos.
De ellas parte la línea que conduce á las refor-
mas. Reformar es progresar.

Dentro del mal hay siempre un bien. La Es-
parta de las Termópilas es inmortal. La España
de Trafalgar también lo es. Del César derrotado
en las Galias salieron los Comentarios; del
puñal de Bruto surgió la república; de la traí-
ción de Catilina emerge la arenga de Cicerón; y
antes, allá en Grecia, de la muerte de Sócrates
nace el sol de los Diálogos de Platón. Y si ve-
nimos á los modernos tiempos, podréis ver á
España resurgir en las primeras etapas del pre-
sente siglo para grabar su nombre en la corona
áurea que sirve de marco á Zaragoza, Cádiz,
Bailén. Francia, la assolada Francia de Sedán,
es por virtud de aquella inmensa desgracia que
tuvo por término la amputación de miembros
vitales, la nación grande por excelencia. Desde
entonces, París es el cerebro de Europa. Pero
¡oh! que las catástrofes que han castigado á
nuestra hermosa España nos vinieron á revelar
algo más sublime, vinieron á revelarnos que si
París es el cerebro de Europa, Madrid es el co-
razón del mundo. Allí la idea, aquí el senti-
miento. Allí la feroz carcajada de Voltaire ó la
grotesca risa de Rabelais, aquí la triste sonrisa
de Cervantes ó el generoso humorismo de Hur-
tado de Mendoza.

Cuando se niegue que Madrid es el corazón
del mundo, contestarán Murcia, Saida, Almería
y Consuegra. Madrid es la hermana de la Cari-
dad de las provincias españolas.

Me diréis que Madrid peca mucho. Yo os
contestaré: Es cierto, peca mucho; pero perdo-
nadle: ¡ama tanto!

La prueba está reciente. Su mano generosa
de altiva reina ha estrechado con efusión la
mano blanca cortada por un brazaete de esme-
ralda en que campean innúmeros barcos, la
mano humilde de la gentil pescadora del Medi-

terráneo, que lleva el músico nombre de Almería, y juntas han llorado, confundiendo las perlas lágrimas que al caer en la tierra fructífera han hecho brotar las flores de la caridad.

¡Quién sabe si la horrible catástrofe de Almería será el punto de intersección entre la desgracia y la felicidad! Madrid protege á Almería enviándola socorros. Acaso los céntimos que allí deposita el pobre en el arca de la limosna, lleguen á servir de cimientos para una gran fortuna. La conmoción en los individuos es el impulso de la sangre hacia un órgano determinado. La conmoción experimentada por Almería puede traer á su suelo la sangre que necesita, esa sangre rubia que se llama oro.

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ.

SONETO.

Yo soy la caridad: soy el consuelo
del que llora sin pan y sin abrigo;
soy del pobre infeliz un tierno amigo;
soy un beso que baja desde el cielo.

Soy el ángel de amor que tiende el vuelo
y la paz del hogar lleva consigo;
de la calma y del bien dulce testigo;
del hombre dicha; del que sufre anhelo.

Venid á mí para calmar el lloro
los que en el mundo sollozáis hundidos;
mi pecho os guarda celestial tesoro;

venid entre mis brazos, adormidos,
y elevar á Jesús en dulce coro
con lágrimas de amor vuestros gemidos.

RAMÓN BLASCO.

EL NAUFRAGO.

Cuando el cielo está encapotado y sin un rayo de sol, como un corazón cerrado á la esperanza; cuando el mar está embravecido y fiero; cuando la tempestad ruge en los aires y el huracán conmueve los viejos techos de nuestras casas, yo, desde el humilde rincón de mi morada, pienso siempre en aquellos que á semejante hora viajan, en aquellos que á semejante hora, perdidos en las vastas soledades de los mares, se encuentran en el seno de las tinieblas á solas con la tempestad que tan pronto lanza su débil embarcación á las nubes donde tienen su depósito las inmensas cataratas, como la hunde en los abismos sin fondo donde moran los marítimos monstruos.

Y entonces mi corazón se hiela de espanto, y pienso debe ser una terrible muerte la del que muere ahogado... Una terrible muerte, sí, pues que no es una muerte que con el sueño de cada día estamos ensejando durante toda nuestra vida; no es tampoco esa muerte que consiste en dormirse una vez más sobre la almohada en que uno se ha dormido cada noche por espacio de treinta, cincuenta ó más años, sino que es una muerte mezclada de ira, de lucha, de desesperación; una muerte tanto más horrorosa cuanto que es en medio de la fuerza, de la salud, de la misma vida.

Y entonces mis labios se entreabren involuntariamente, buscando las palabras de un rezo, quizás olvidado, y entonces me digo: ¿Qué sería de esos á quienes la muerte sorprende en medio de la inmensa soledad de los mares; qué sería de esos cuyos gritos de dolor y de desesperación son ahogados por el estrépito de los

vientos y de las olas; qué sería de ellos si no supiesen que en aquel instante supremo una simple invocación al cielo, la sola palabra de un rezo, por débil que salga de entre sus labios, atraviesa por entre el rugido de la tempestad y llega virgen y pura á los oídos del Señor?

VÍCTOR BALAGUER.

AMOR DE MADRE.

Los abismos los cubrieron, descendieron al profundo como una piedra.
Moisés.

El grito desgarrador lanzado en su cruel agonía, por las víctimas de la horrorosa inundación que acaba de asolar esas comarcas, ha penetrado hasta las entrañas de la madre patria, causando en ella la misma sensación que experimentar pudiera, si se las hubiera atravesado la helada hoja del acero.

Este grito ha resonado en sus oídos, con la opaca vibración de un terror sin medida, de ese terror excesivo, sin ponderación, que arranca al pecho, la vista de las negras fauces del abismo abierto á nuestras plantas para tragarnos; y entonces con el profundo á nuestros pies y la tempestad sobre la cabeza, en tan supremo instante, sale del fondo del corazón un lamento angustioso, como el que repercute ahora en todos los ámbitos de la Península:— ¡Madre, socórreme!— y la madre patria, llena de indefinible amargura, de inenarrable pena, ha respondido anhelante:— ¡Hijos de mi corazón!

Ha corrido con ardientes lágrimas en los ojos á llevar auxilio á sus hijos; porque en estos casos los lamentos son vanos é inútiles; las buenas acciones llevadas hasta el sacrificio si es preciso son las que conyienen. El simple plañidero en estas grandes catástrofes es ridículo, no debe ocupar nuestra atención siquiera, debemos tener la misma indiferencia que por el sauce llorón que ni produce fruto, ni abriga más que sepulcros.

Los socorros se multiplican ya, y como copioso maná caen sobre esas regiones tan castigadas y la paloma de la caridad revolotea con el ramo de oliva de la esperanza en su pico, anunciándonos que el pueblo por terrible tormenta transformado en lecho de río, volverá á surgir de sus ruinas, como estaba antes de tan horrendo cataclismo.

¡Qué monumento más grandioso é imperecedero no es el que se eleva con esto la caridad nacional! La acción destructora de los tiempos no puede nada contra él, no es posible que jamás lo perdamos, porque el único bien que no puede sernos arrebatado nunca, es el placer que nace de haber realizado una buena acción.

Contra la poderosa fuerza de la naturaleza, está la caridad más poderosa que ella, está la fe en la solidaridad humana, contra la cual no hay obstáculo irresistible; le basta sólo querer, como en esta ocasión quiere España, y si los ríos con corrientes que parecen avalanchas; arrasan los pueblos, destruyen las viviendas, talan los campos, repara estos desastres, encauza el proceloso elemento; y no digo ya los ríos, las montañas le parecen obstáculo pequeño al ejercicio de esa solidaridad y los remueve con sólo su eficaz voluntad como si fueran granos de mostaza.

VICTORIANO LOMEÑA GARCÍA.

Á NUESTROS COLABORADORES

Las terribles catástrofes ocasionadas por las inundaciones del 11 de setiembre del presente año, en Almería y Consuegra, han conmovido al mundo entero, produciendo majestuosa explosión de caridad, en favor de aquellas dos poblaciones ligadas por el lazo fatal de la común desgracia.

Humildes periodistas los que concebimos el pensamiento de publicar este ALBUM, nacidos en uno de los pueblos en que los elementos causaron horrible siniestro, guíanos el propósito de perpetuar el recuerdo de aquella espantosa hecatombe, alentándonos en tan honrosa tarea el poderoso concurso de las más grandes ilustraciones del país, á quienes los desgraciados de Almería y Consuegra deberán el socorro que les proporcione la venta de este número.

Grandes han sido las dificultades con que hemos luchado para llegar al fin de nuestros propósitos, pero cábenos la satisfacción de haber encontrado, mediante el poderoso y eficaz concurso de la prensa, institución nobilísima, augusto sacerdocio, en cuyo seno prosperan todas las nobles acciones, medios seguros de vencer cuantos obstáculos hemos hallado en nuestro camino.

Por eso cumple á nuestro deber consignar aquí un recuerdo de imperecedera gratitud para todos aquellos que han colaborado á esta obra, para la prensa en general y particularmente para la de Barcelona, cuya hidalguía nos ha ofrecido grandes facilidades, haciéndonos objeto de atenciones inmerecidas y llevando su nobleza y su entusiasmo por todo lo que pueda redundar en bien de la humanidad hasta el punto de nombrar una comisión de su seno, compuesta de los Sres. Maluquer, Gabelini, Rosich y Dalmases, que sin separarse un solo momento de nuestro lado han compartido con nosotros las tareas propias de la confección de este número.

No hemos de terminar estas mal trazadas líneas sin consignar aquí un recuerdo de la admiración que sentimos por aquellos, que realizando verdaderas heroicidades ó haciendo sacrificios pecuniarios de gran valía, acudieron los primeros en socorro de las víctimas salvando á muchos de una muerte cercana, y apagando después su hambre y cubriendo sus ateridos cuerpos con generoso desprendimiento.

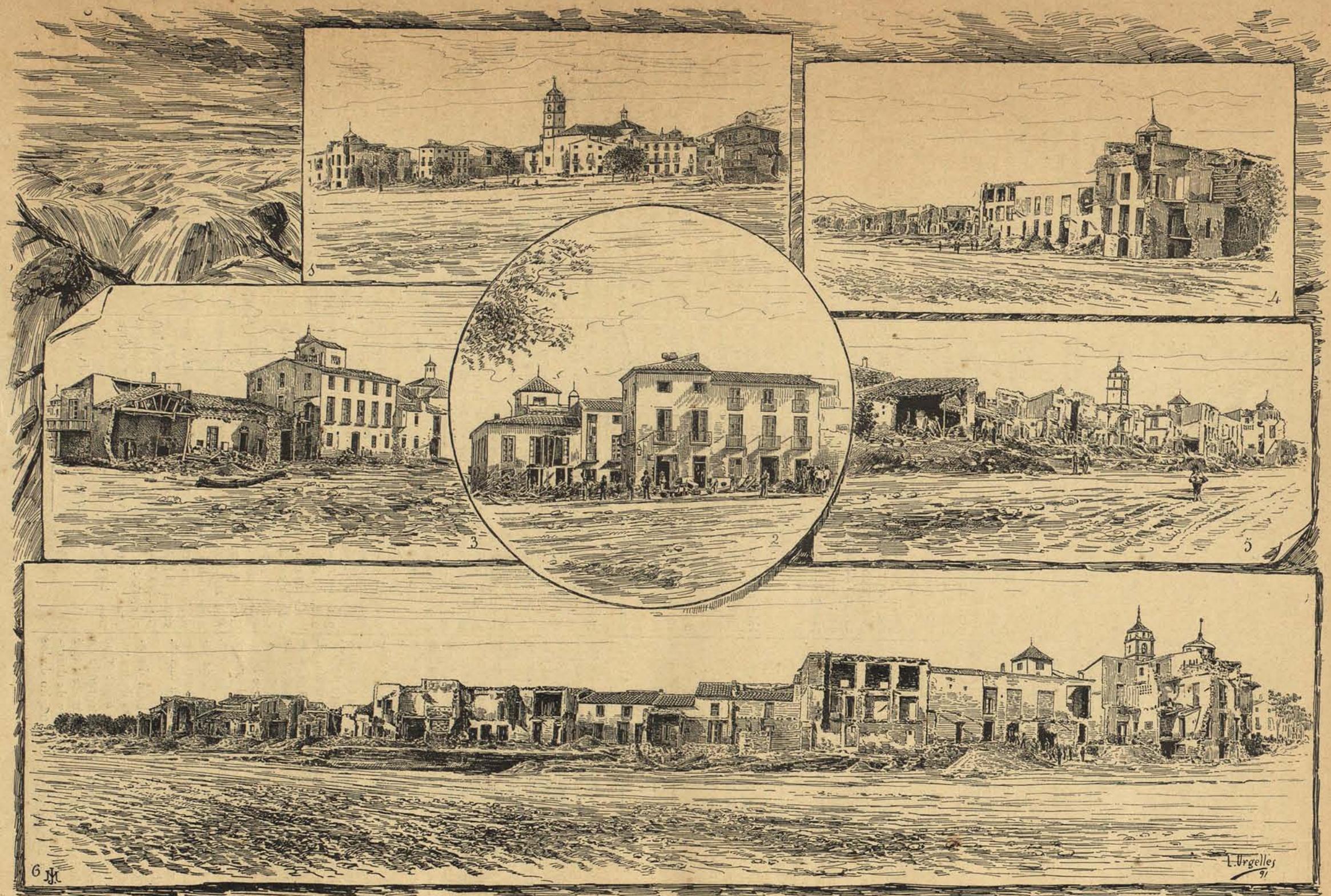
Tales hechos nos imponían el deber de dedicarles lugar preferente en este ALBUM, publicando sus retratos, que como los de las vistas con que hemos ilustrado esta obra han sido reproducidos por medio del fotograbado directo por el notable artista Sr. Ramonet y Rius, siendo debidos á los adelantos del magnífico establecimiento del Sr. Tasso los trabajos tipográficos, en los que se descubre la inteligencia fecunda y el delicadísimo gusto del estudioso artista.

¡El cielo quiera que así como nuestra voluntad al llevar á cabo esta publicación fué impulsada por el más sublime de los sentimientos, por la virtud más preciada, el país correspondá á nuestros desvelos en beneficio de los desgraciados á cuyo favor dedicamos el producto de la venta de este ALBUM!

EL DIRECTOR,

Juan Tasso





ALBOX, DESPUÉS DE LA INUNDACIÓN DEL 11 DEL PASADO SEPTIEMBRE. — 1. Plaza de la Constitución. — 2. Calle de los Alamos (hoy Silvela). — 3. Restos del teatro y del casino. — 4. Continuación de la vista señalada con el n.º 6. — 5. Restos de una fábrica de harinas. — 6. Vista general de la parte más arruinada, por la parte de la Rambla.